

RC SPROUL

Basado en la Gracia
por R.C. Sproul

El histórico debate entre el Protestantismo y el Catolicismo romano a menudo se enmarca en los términos de una discusión entre obras o fe y mérito o gracia. Los reformadores magistrales expresaron su opinión sobre la justificación a través de un arquetipo teológico de lemas en latín, y las frases que utilizaban: sola fide y sola gratia, se han afianzado profundamente en la historia protestante. Sola fide, o “sólo fe” niega que nuestras obras contribuyan al fundamento de nuestra justificación, mientras que sola gratia, o “sólo gracia”, niega que cualquier mérito propio contribuya a nuestra justificación.

El problema de los lemas es que, en su función de arquetipos teológicos, pueden ser fácilmente malinterpretados o emplearse como licencia para simplificar temas complejos excesivamente. Así, cuando la fe se distingue radicalmente de las obras, algunas distorsiones se cuelan en nuestro entendimiento con facilidad. Cuando los reformadores insistían en que la justificación sólo era por fe, no querían decir que la fe en sí fuese otro tipo de obra más. Al procurar excluir las obras del fundamento de nuestra justificación, no querían sugerir que la fe no contribuyese en nada a la justificación.

EL CORAZÓN DEL PROBLEMA

Puede decirse que el núcleo del debate del siglo XVI sobre la justificación era la cuestión sobre el fundamento de la misma. La base de la justificación es el fundamento por el que Dios declara justa a una persona. Los reformadores insistían en que según la Biblia el único fundamento posible para nuestra justificación es la justicia de Jesucristo. Esto es una referencia explícita a la justicia con la que vivió Cristo su propia vida, no se trata de la justicia de Jesucristo en nosotros sino la justicia de Jesucristo por nosotros. Si nos plantamos de lleno ante la cuestión del fundamento de la justificación, vemos que sola fide es un lema arquetípico no sólo para la doctrina de la justificación por la fe, sino también para la idea de que la justificación es sólo mediante Jesucristo. Dios nos declara justos ante Su presencia sólo en, a través, y por la justicia de Jesucristo. Que la justificación es sólo por fe significa sencillamente que es por o a través de la fe de la manera en la que se nos imputa la justicia de Jesucristo a nosotros. Por tanto, la fe es la causa instrumental, o el medio, por el cual establecemos una relación con Cristo.

Roma enseña que la causa instrumental de la justificación es el sacramento del bautismo (en primer lugar) y el sacramento de la penitencia (en segundo lugar). A través del sacramento, la gracia de la justificación, o la justicia de Jesucristo, se infunde (o se vierte) en el alma del destinatario. Por lo tanto, la persona debe consentir y cooperar con esta gracia infundida hasta tal punto que la verdadera justicia sea inherente al creyente, en cuyo caso Dios declara justa a esa persona. Para

que Dios justifique a una persona, primero la persona debe volverse justa. Por consiguiente, Roma cree que para que una persona se vuelva justa necesita tres cosas: gracia, fe, y Jesucristo. Roma no enseña que el hombre se pueda salvar a sí mismo por su propio mérito sin gracia, por sus propias obras sin fe, o por sí mismo sin Jesucristo. ¿Así que por qué se armó tanto alboroto? Ni los debates del siglo XVI, ni las más recientes discusiones y declaraciones conjuntas entre Católicos y Protestantes han sido capaces de resolver el tema clave del debate, la cuestión del fundamento de la justificación. ¿Es la justicia imputada de Jesucristo o la justicia infundada de Jesucristo?

En nuestros días, muchos de los que se enfrentan a este conflicto secular simplemente se encogen de hombros y dicen: “¿Y qué?” o “¿Cuál es el problema?”. Ya que ambas partes afirman que la justicia de Jesucristo es necesaria para nuestra justificación, y que igualmente necesarias son la gracia y la fe, investigar más a fondo en otras cuestiones técnicas parece una pérdida de tiempo o un ejercicio de pedante arrogancia teológica. Cada vez, más y más personas piensan que este debate es como hacer una montaña de un grano de arena.

DOS PERSPECTIVAS

Bien, ¿cuál es el problema? Intentaré responder a esta pregunta desde dos perspectivas: una teológica, y otra personal y existencial.

El gran problema teológico es la esencia del Evangelio. Los problemas no van mucho más allá. La Buena Nueva es que la justicia que Dios exige a sus criaturas fue lograda para ellos por Jesucristo. La obra de Jesucristo cuenta para el creyente. El creyente está justificado en base a lo que Jesucristo hizo por él, fuera de él y aparte de él, no por lo que Jesucristo hace en él. Según Roma, una persona no está justificada hasta que o a menos que la justificación sea inherente a ella. La persona obtiene la ayuda de Jesucristo, pero Dios no calcula, transfiere o le imputa la justicia de Cristo a esa persona.

¿Y qué significa esto personal y existencialmente? La visión de Roma infunde tristeza en mi alma. Si tengo que esperar hasta que la justicia sea inherente en mí para que Dios me declare recto, me queda una larga espera. Según Roma, si cometo un pecado mortal perderé toda la gracia que ahora mismo me justifica. Incluso si la recupero por medio del sacramento de la penitencia, todavía tengo que enfrentarme al purgatorio. Si muero con cualquier impureza en mi vida, debo ir al purgatorio para "purgar" todas las impurezas, y esto puede tardar miles y miles de años en llevarse a cabo.

Qué diferencia tan radical comparado con el Evangelio bíblico, que me garantiza que la justificación ante Dios es mía en el momento en que pongo mi confianza en Jesucristo. Su justicia es perfecta, no puede aumentar ni disminuir. Y si su justicia se imputa en mí, ahora poseo el fundamento total y completo de la justificación.

La cuestión de la justicia imputada contra la justicia infundada no puede resolverse sin rechazar una u otra. Son dos opiniones sobre la justificación que se excluyen

mutuamente. Si una es verdadera, la otra tiene que ser falsa. Una de estas opiniones expone el Evangelio bíblico verdadero, el otro es un Evangelio falso. Sencillamente, las dos conjuntamente no pueden ser verdad.

De nuevo, esta cuestión no puede resolverse con una explicación que quede en término medio. Estas dos posturas incompatibles pueden ser ignoradas o minimizadas (como hacen los diálogos modernos a través de la revisión histórica), pero no pueden reconciliarse. Tampoco pueden reducirse a un mero malentendido; ambas partes son demasiado inteligentes para que esto haya ocurrido durante los últimos 400 años.

La cuestión del mérito y la gracia en la justificación está cubierta de nubes de confusión. Roma dice que hay dos tipos de mérito para los creyentes: congruente y digno. El mérito congruente se obtiene realizando obras de satisfacción en conexión con el sacramento de la penitencia. Estas obras no son tan meritorias como para imponerle a un juez justo la obligación de recompensarlas, pero son lo suficientemente buenas para que sean "acordes" o "congruentes" y que Dios las recompense. El mérito digno es una orden superior de mérito lograda por los santos. Pero incluso este mérito, según lo define Roma, está arraigado y basado en la gracia. Es un mérito que no se podría lograr sin la ayuda de la gracia.

Los reformadores rechazaron tanto el mérito congruente como el digno, argumentando que nuestro estado no sólo está arraigado en la gracia, sino que además es gracia en todo momento. El único mérito que cuenta para nuestra justificación es el mérito de Jesucristo. De hecho, somos salvos por obras meritorias: las de Jesucristo. Que seamos salvos gracias a que se nos imputa Su mérito es la propia esencia de la gracia de la salvación.

Es esta gracia la que nunca debe ser comprometida o negociada por la iglesia. Sin ella, estaremos verdaderamente desesperanzados e indefensos para poder permanecer justos ante un Dios santo.

La Cautividad Pelagiana de la Iglesia

R. C. Sproul

Inmediatamente después que inició la Reforma, en los primeros años después de que Martín Lutero clavará sus Noventa y Cinco Tesis sobre la puerta de la iglesia en Wittenburg, publicó algunos cortos panfletos sobre una variedad de temas. Uno de los más provocativos fue el titulado La Cautividad Babilónica de la Iglesia. En este libro Lutero miró en retrospectiva al período de la historia del Antiguo Testamento cuando Jerusalén fue destruida por los ejércitos invasores de Babilonia y la elite del pueblo fue llevada a la cautividad. Lutero en el siglo dieciséis tomó la imagen de la histórica

cautividad babilónica y la reapplicó a esa era y habló acerca de la nueva cautividad babilónica de la iglesia. Habló de Roma como la nueva Babilonia que aprisionó el Evangelio cautivándolo con su rechazo del entendimiento bíblico de la justificación. Puede entender cuan fiera era la controversia, cuan polémico sería este título en este período, al decir que la Iglesia no simplemente había errado o extraviado, sino había caído—que ésta es en realidad ahora Babilonia; que está en un cautiverio pagano.

A menudo he pensado que si Lutero viviera hoy y viniera a nuestra cultura y echara una mirada, no en la comunidad de la iglesia liberal, sino en las iglesias evangélicas, ¿qué podría decir? ¡Oh claro!, no puedo responder esta pregunta con ningún tipo de autoridad definitiva, pero pienso que sería esto: Si Martín Lutero viviera hoy y tomara su pluma para escribir, el libro que podría escribir en nuestro tiempo sería titulado La Cautividad Pelagiana de la Iglesia Evangélica.

Lutero vio la doctrina de la justificación como el combustible de un profundo problema teológico. Él escribió extensamente acerca de éste en La Esclavitud de la Voluntad. Cuando miramos a la Reforma y vemos las solas de la Reforma- Sola Scriptura, sola Fide, Solus Christus, Soli Deo gloria, Sola gratia-Lutero estaba convencido que el verdadero punto de la Reforma era el tema de la gracia; y que el subrayar la doctrina de solo fide, justificación sólo por fe, estaba precedida por un compromiso con sola gratia, el concepto de la justificación sólo por gracia.

En la edición de Fleming Revell de La Esclavitud de la Voluntad, los traductores J. I. Packer y O. R. Johnston, incluyeron una introducción teológica e histórica extensa y confrontante para este libro. El siguiente párrafo es parte del fin de esta introducción:

Estas cosas necesitan ser consideradas por los Protestantes de hoy. ¿Con qué derecho podemos llamarnos a nosotros mismos hijos de la Reforma? Mucho del Protestantismo moderno ni podría llamarse Reformado o aún ser reconocido por los Reformadores pioneros. La Esclavitud de la voluntad coloca ante nosotros lo que ellos creían acerca de la salvación de la humanidad perdida. A la luz de esto, estamos obligados a preguntar si la cristiandad protestante no ha vendido su legado entre los días de Lutero y los nuestros. ¿No tiene el Protestantismo de hoy más de Erasmianismo que de Luterano? ¿A menudo no hemos tratado de minimizar y opacar las diferencias doctrinales en nombre de la paz entre grupos? ¿Somos inocentes de la indiferencia doctrinal, la cual Lutero atribuyó a Erasmo? ¿Permanecemos creyendo que la doctrina importa?¹

Históricamente, apegándose a los hechos es claro que Lutero, Calvino, Zwinglio y todos los principales teólogos protestantes de la primera época de la Reforma sostuvieron en esto exactamente el mismo punto de vista. Sobre otros puntos tuvieron diferencias. Pero en la afirmación de la incapacidad del hombre en el pecado y la soberanía de Dios en la gracia, fueron enteramente uno. Para todos ellos éstas

doctrinas fueron la pura esencia de la fe cristiana. Un editor moderno de las obras de Lutero dice esto:

Quienquiera que cierre este libro sin haber reconocido que la teología Evangélica se sostiene o cae con la doctrina de la esclavitud de la voluntad lo ha leído en vano. La doctrina de la justificación gratuita por la fe sola, la cual llegó a estar en el centro de la tormenta de mucha de la controversia durante el período de la Reforma, es a menudo considerada como el corazón de la teología de los Reformadores, pero esto no es preciso. La verdad es que su pensamiento estaba realmente centrado sobre el argumento de Pablo, que fue hecho eco por Agustín y otros, que la salvación de los pecadores es totalmente sólo por la gracia libre y soberana, y que la doctrina de la justificación por fe fue importante para ellos porque salvaguardaba el principio de la gracia soberana. La soberanía de la gracia encontraba expresión en un nivel más profundo de su pensamiento al descansar en la doctrina de la regeneración monergista.[2]

Esto quiere decir, que la fe que recibe a Cristo para justificación es en sí misma el libre don del Dios soberano. El principio de sola fide no es correctamente entendido hasta que es visto como afianzado al principio más amplio de sola gratia. ¿Cuál es el origen de la fe? ¿Es la fe el don de Dios, indicando por tanto que la justificación es recibida por la dádiva de Dios, o es ésta una condición de la justificación la cual es dejada para que el hombre la cumpla? ¿Puede percibir la diferencia? Déjame ponerla en términos simples. Escuché recientemente a un evangelista decir, “Aunque Dios llevó a cabo miles de pasos para alcanzarte y redimirte, sin embargo el punto culminante es que debes llevar a cabo el paso decisivo para ser salvo”. Considera la declaración que ha sido hecha por el más amado líder evangélico de América del siglo veinte, Billy Graham, quien dice con gran pasión, “Dios hace el noventa y nueve por ciento de ello, pero todavía debes hacer el último uno por ciento.”

¿Qué es pelagianismo?

Ahora, regresemos brevemente a mi título, “La cautividad pelagiana de la iglesia”. ¿De qué estamos hablando?

Pelagio fue un monje quien vivió en Bretaña en el siglo quinto. Él fue contemporáneo del más grande teólogo del primer milenio de la historia de la iglesia si es que no de todo el tiempo, Aurelio Agustín, obispo de Hipona en el Norte de África. Nosotros hemos escuchado de San Agustín, de sus grandes obras de teología, de su Ciudad de Dios, de sus Confesiones, las cuales permanecen como clásicos del Cristianismo.

Agustín, además de ser un teólogo titánico y tener un intelecto prodigioso, fue también un hombre de profunda espiritualidad y oración. En una de sus oraciones famosas, Agustín hizo a Dios un aparente daño, en una declaración inocente en la cual dice: “Oh Dios, ordena lo que quieras, y concédeme hacer lo que ordenas”. Ahora, ¿Quería Agustín que te diera una apoplejía al escuchar una oración como esta? Como

ciertamente le dio a Pelagio, el monje inglés que se atravesó en su trayectoria. Cuando escuchó esto, protestó vociferadamente, aun apelando a Roma para conseguir que esta oración de la pluma de Agustín fuera censurada. Porque he aquí, él dijo: “¿Estás diciendo Agustín, que Dios tiene el derecho inherente de ordenar cualquier cosa que desee de sus criaturas? Nadie va a disputar eso. Dios inherentemente, como creador del cielo y la tierra, tiene el derecho a imponer obligaciones sobre sus criaturas y decir, debes hacer esto y no debes hacer eso.” La expresión ‘ordena cualquier cosa que quieras’ es una oración perfectamente legítima.”

Es la segunda parte de la oración la que Pelagio aborrecía, cuando Agustín dijo, “y concédeme hacer lo que ordenas.” Él dijo, “ ¿De qué estás hablando? Si Dios es justo, si Dios recto y Dios es santo, y Dios ordena de la criatura hacer algo, ciertamente que la criatura debe tener el poder en sí misma, la habilidad moral en sí misma, para llevarla a cabo o Dios nunca demandaría esto en primer lugar.” Ahora esto tiene sentido, ¿no es así? Lo que Pelagio estaba diciendo es que la responsabilidad moral siempre y en todo lugar implica capacidad moral o sencillamente habilidad moral. Entonces, ¿Por qué deberíamos orar, “Dios concédeme, dame el don de ser capaz de hacer lo que me ordenas que haga?” Pelagio vio en esta declaración una sombra que estaba siendo puesta sobre la integridad de Dios mismo, quién requería responsabilidad de la gente para hacer algo que no podían hacer.

Por ello, en el debate consecuente, Agustín dejó claro que en la creación, Dios no mandó a Adán y Eva nada que fueran incapaces de hacer. Pero una vez que la trasgresión entró y la humanidad llegó a estar caída, la ley de Dios no fue cancelada ni Dios la ajustó rebajando sus requerimientos santos para acomodarlos a la débil, condición caída de su creación. Dios castigó a su creación al descargar sobre ellos el juicio del pecado original, por lo que cada uno que nace en este mundo después de Adán y Eva, nace ya muerto en pecado. El pecado original no es el primer pecado. Este es el resultado del primer pecado; se refiere a nuestra corrupción inherente, por la cual nacemos en pecado, y en pecado nos concibió nuestra madre. No nacemos en un estado neutral de inocencia, sino que nacemos en una condición pecaminosa y caída. Prácticamente cada iglesia dentro del histórico Concilio Mundial de Iglesias en algún punto de su historia y en el desarrollo de su credo articula algún tipo de doctrina del pecado original. Así que, es claro para la revelación bíblica, que se tendría que repudiar el punto de vista bíblico de la humanidad para negar el pecado original como un todo.

Este es precisamente el punto que estuvo en la batalla entre Agustín y Pelagio en el siglo quinto. Pelagio dijo que no hay tal cosa como pecado original. El pecado de Adán afectó a Adán y solamente a Adán. No hay trasmisión o transferencia de culpa o caída o corrupción a la progenie de Adán y Eva. Cada uno es nacido en el mismo estado de inocencia en el cual Adán y Eva fueron creados. Además él dijo, es posible para una persona vivir una vida de obediencia a Dios, una vida de perfección moral, sin ninguna ayuda de Jesús ni de la gracia de Dios. Pelagio dijo que la gracia-y he aquí la distinción clave- facilita la justicia. ¿Qué significado tiene “facilita?” Esta ayuda, ésta hace más fácil, hace más sencilla, pero usted no tiene que tenerla. Usted puede

estar perfectamente sin ella. Pelagio declaró aún más, que no es solamente posible de manera teórica para algunos individuos vivir una vida perfecta sin la asistencia de la gracia divina, sino que de hecho hay personas que lo hacen. Agustín dijo, “No, no, no, no... nosotros estamos por naturaleza infectados por el pecado, hasta las profundidades y raíz de nuestro ser- a tal punto que no hay ser humano que tenga el poder moral para inclinarse a sí mismo y cooperar con la gracia de Dios. La voluntad humana, como resultado del pecado original, permanece sin tener el poder de escoger, sino que es esclava de sus malos deseos e inclinaciones. La condición de la humanidad caída es tal que Agustín podía describirla como incapacidad para no pecar. En términos sencillos, lo que Agustín estaba diciendo es que en la Caída, el hombre perdió la capacidad para hacer las cosas de Dios y quedó cautivo a sus propias inclinaciones malvadas.

En el siglo quinto la iglesia condenó a Pelagio como herético. El Pelagianismo fue condenado en el Concilio de Orange, y fue condenado de nuevo en el Concilio de Florencia, el Concilio de Cartago, y también irónicamente, en el Concilio de Trento en el siglo dieciséis en los primeros tres anatemas de los Cánones de la Sexta Sesión. Por lo tanto, consistentemente a través de la historia de la Iglesia se ha condenado firme y completamente el Pelagianismo- porque el Pelagianismo niega la caída de nuestra naturaleza; éste niega la doctrina del pecado original.

Ahora, que es el llamado semi-Pelagianismo, como el prefijo “semi” sugiere, era algo posicionado en medio del pleno Agustinianismo y el pleno Pelagianismo. El semi-Pelagianismo dice esto: sí, hubo una caída; sí hay tal cosa como pecado original; sí, la constitución de la naturaleza humana ha sido cambiada por este estado de corrupción y todas las partes de nuestra humanidad han sido significativamente debilitadas por la caída, a tal punto que sin la asistencia de la gracia divina ninguno puede tener la posibilidad de ser redimido, por consiguiente la gracia no es únicamente útil sino necesaria para la salvación. Pero, aún cuando estamos tan caídos que no podemos ser salvos sin la gracia, no estamos tan caídos que no podamos tener la capacidad para aceptar o rechazar la gracia cuando nos es ofrecida. La voluntad está debilitada pero no es esclava. Hay remanentes en el centro de nuestro ser, una isla de justicia que permanece intocable por la caída. Es la respuesta de esta pequeña isla de justicia, ésta pequeña pieza de bondad que está intacta en el alma o en la voluntad lo que hace la diferencia determinante entre el cielo o el infierno. Es esta pequeña isla que debe ser ejercida cuando Dios lleva a cabo sus miles de pasos para alcanzarnos, pero en el análisis final es un paso que debemos tomar el que determina ya sea el cielo o bien el infierno, el ejercitar ésta pequeña isla de justicia que está en el centro de nuestro ser o no hacerlo. Agustín no reconoció esta pequeña isla ni aún como un arrecife de coral en el Pacífico sur. Él dijo que ésta era una isla mitológica, que la voluntad estaba esclava, y que el hombre estaba muerto en sus delitos y pecados.

Irónicamente, la Iglesia condenó el semi-Pelagianismo tan vehementemente como lo hizo cuando condenó el Pelagianismo original. Pasado el tiempo usted llega al siglo dieciséis y lee el entendimiento Católico de lo que sucede en la salvación, y la iglesia ha repudiado básicamente lo que Agustín enseñó y también lo que Aquino enseñó. La

Iglesia concluyó que hay remanentes de esta libertad que están intactos en la voluntad humana y que el hombre debe cooperar con-y asentir con-la gracia precedente que es ofrecida a ellos por Dios. Si ejercemos esta voluntad, si ejercemos una cooperación con cualquiera de los poderes que en nosotros han sido dejados, seremos salvos. Y por lo tanto en el siglo dieciséis la Iglesia volvió a abrazar el semi-Pelagianismo.

En el tiempo de la Reforma, todos los reformadores estaban de acuerdo en un punto: la incapacidad moral de los seres humanos caídos para inclinarse a sí mismos a las cosas de Dios; que toda la gente, en el orden para ser salvos, estaban totalmente dependientes, no noventa y nueve por ciento, sino un cien por ciento dependientes de la obra de regeneración monergista como primer paso para venir a la fe, y que la fe es en sí misma un don de Dios. La fe no es lo que estamos ofreciendo para la salvación y que naceremos de nuevo si escogemos creer. Sino que no podemos ni aún creer hasta que Dios en su gracia y en su misericordia primero cambia la disposición de nuestras almas a través de su obra soberana de regeneración. En otras palabras, en lo que todos los reformadores estuvieron de acuerdo fue con, que a menos que un hombre nazca de nuevo, no puede ni ver el reino de Dios, ni puede entrar en él. Tal como Jesús dijo en Juan capítulo seis, "Ninguno puede venir a mí, a menos que le sea dado por mi Padre"-la condición necesaria para la fe y la salvación de cualquiera persona es la regeneración.

Los Evangélicos y la Fe

El Evangelicalismo moderno casi uniformemente y universalmente enseña que en el orden para que una persona sea nacida de nuevo, debe primero ejercer fe. Tienes que escoger nacer de nuevo. ¿No es ésto lo que escuchas? En una encuesta de George Barna, más del setenta y cinco por ciento de "cristianos evangélicos profesantes" en América expresaron la creencia que el hombre es básicamente bueno. Y más del ochenta por ciento articularon el punto de vista que Dios ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos. Estas posiciones-déjeme decirlo de manera negativa- ninguna de estas posiciones son semi-Pelagianas. Ambas son Pelagianas. El decir que somos básicamente buenos es un punto de vista Pelagiano. Yo estaría dispuesto a asumir que en casi un treinta por ciento de la gente quien está leyendo este tema, y probablemente más, si realmente examinamos su pensamiento con detenimiento, encontraremos que en sus corazones está latiendo el Pelagianismo. Estamos plagados con él. Estamos rodeados por él. Estamos inmersos en él. Lo escuchamos cada día. Lo escuchamos cada día en la cultura secular, lo escuchamos cada día en la televisión y la radio Cristiana.

En el siglo diecinueve, hubo un predicador quien llegó a ser muy popular en América, escribió un libro de teología, que surgió de su propia formación en leyes, en el cual no abrevió su Pelagianismo. Él rechazó no sólo el Agustinianismo, sino también rechazó el semi-Pelagianismo y sostuvo claramente la posición Pelagiana sin encubrirla, diciendo en términos no inciertos, sin ambigüedad, que no había Caída y que no había tal cosa como pecado original. Este hombre vino a atacar cruelmente la doctrina de la expiación sustitutiva de Cristo, y además de eso, repudió tan clara y

tan fuertemente como pudo la doctrina de la justificación por la sola fe por medio de la imputación de la justicia de Cristo. La tesis básica de este hombre fue, no necesitamos la imputación de la justicia de Cristo porque tenemos la capacidad en y de nosotros mismos para llegar a ser justos. Su nombre: Carlos Finney, uno de los más respetados evangelistas de América. Ahora, si Lutero estaba correcto en decir que la sola fide es el artículo sobre el cual la iglesia se sostiene o cae, si lo que los reformadores dijeron es que la justificación por la fe sola es una verdad esencial del Cristianismo, quienes además argüían que la expiación sustitutiva es una verdad esencial del Cristianismo; si ellos estaban en lo correcto en su evaluación de que estas doctrinas son verdades esenciales del Cristianismo, la única conclusión a la que podemos llegar es que Carlos Finney no era Cristiano. Yo leo sus escritos y dijo, “no veo cómo alguna persona cristiana pudiera escribir esto.” Y aun, él está en el Salón de la Fama del Cristianismo Evangélico de América. Él es el santo patrón del Evangelicalismo del siglo veinte. Y él no es semi-Pelagiano; él es descarado en su Pelagianismo.

La Isla de Justicia

Una cosa es clara: puedes ser Pelagiano puro y ser bienvenido por completo en el movimiento evangélico de hoy. Esto no es simplemente que el camello metió su nariz en la tienda; no solamente es que está dentro de la tienda- sino que ha sacado al propietario de la tienda. El Evangelicalismo moderno mira hoy con suspicacia a la teología Reformada, la cual llegado a ser colocada como ciudadano de tercera clase del Evangelicalismo. Ahora, usted dice, “Espera un minuto R. C. No encierres a todos en el argumento del Pelagianismo extremo, después de todo, Billy Graham y el resto de las personas están diciendo que hubo una Caída; que debes tener la gracia; que hay tal cosa como pecado original; y los semi-Pelagianos no están de acuerdo con el simplista y optimista punto de vista acerca de la no caída naturaleza humana de Pelagio.” Y esto es verdad. No cuestionaré acerca de ello. Pero es esta pequeña isla de justicia donde el hombre todavía tiene la habilidad, en y de sí mismo, para retornar, cambiar, inclinar, disponer, y abrazar la oferta de la gracia, que revela porque históricamente el semi-Pelagianismo no es llamado semi-Agustinianismo, sino semi-Pelagianismo, éste realmente nunca escapa a la idea central de la esclavitud del alma, la cautividad del corazón humano en pecado- que no está simplemente infectado por una enfermedad que puede ser mortífera si es dejada sin tratamiento, sino que es mortal.

Escuché a un evangelista usar dos analogías para describir lo que sucede en nuestra redención. Él dijo, el pecado tiene tal fortaleza sobre nosotros, un estrangulamiento, que es semejante a una persona quien no puede nadar, quien cae por la borda en un mar furioso, y es la tercera vez que se sumerge y únicamente las puntas de sus dedos permanecen fuera del agua; y a menos que alguien intervenga a rescatarle, no tiene esperanza de sobrevivir, su muerte es cierta. Y a menos que Dios le tire un salvavidas, no puede ser rescatado. Y Dios no solamente le debe tirar un salvavidas en cualquiera área donde él se encuentra, sino que el salvavidas tiene que caerle en el lugar correcto donde sus dedos permanecen extendidos fuera del agua, y acertarle de tal manera que pueda sostenerlo. El salvavidas tiene que haber sido tirado perfectamente. Pero todavía este hombre se ahogará a menos que lo tome con sus dedos y los sostenga

alrededor del salvavidas, entonces Dios le rescatará. Si esta pequeña acción no es hecha, él ciertamente perecerá.

La otra analogía es esta: Un hombre esta terriblemente débil, enfermo de muerte, yaciendo en su cama de hospital con un padecimiento que es terminal. No hay manera que pueda curarse a menos que alguien externo venga con una cura, una medicina que curará su enfermedad fatal. Y Dios tiene la cura y camina hacia el cuarto con la medicina. Pero el hombre está tan débil que no puede tomarse la medicina por sí mismo; Dios tiene que ponerla en la cuchara. El hombre está tan enfermo que se halla casi en un estado comatoso. El no puede ni siquiera abrir su boca, y Dios tiene que inclinarse y abrirle la boca. Dios coloca la cuchara en los labios del hombre, sin embargo el hombre todavía tiene que tomarla.

Ahora, si vamos a usar analogías, usemos las adecuadas. El hombre no se está sumergiendo por tercera vez; él está tan frío como una piedra en el fondo del mar. Éste es el lugar donde usted estuvo cuando una vez estaba muerto en sus delitos y pecados y andaba conforme a la corriente de este mundo, de acuerdo con el príncipe de la potestad del aire. Y cuando estaba muerto Dios le dio vida juntamente con Cristo. Dios se sumergió al fondo del mar y tomando este cadáver sopló el aliento de su vida en él y resucitó de la muerte. Y no es que usted estaba en la cama del hospital con cierta enfermedad, más bien, cuando usted nació, llegó muerto. Esto es lo que la Biblia dice: que estamos muertos moralmente.

¿Tenemos nosotros una voluntad? Sí, oh claro que la tenemos. Calvino dijo, si quieres decir por libre albedrío una facultad de escoger aquello que tienes el poder en ti mismo, de escoger lo que deseas, entonces tenemos libre albedrío. Si quieres decir por libre albedrío la capacidad de los seres humanos caídos para inclinarse a sí mismos y ejercer la voluntad para escoger las cosas de Dios sin la previa obra monergista de regeneración, entonces, Calvino dijo, libre albedrío es un término exorbitantemente grandioso para aplicarlo al ser humano.

La doctrina semi-Pelagiana del libre albedrío que prevalece en el mundo evangélico de hoy es un punto de vista pagano que niega la cautividad del corazón humano en el pecado. Esta visión desestima el dominio que el pecado tiene sobre nosotros.

Ninguno de nosotros quiere ver las cosas tan mal como son realmente. La doctrina bíblica de la corrupción humana es dura. No escuchamos al Apóstol Pablo decir, "Usted sabe, es triste que tengamos tal cosa como pecado en el mundo; ninguno es perfecto. Pero estemos de buen ánimo, somos básicamente buenos." ¿Puede ver que aún una lectura superficial de la Escritura niega esto?

Ahora, regresemos a Lutero. ¿Cuál es el origen y la posición de la fe? ¿Es la fe el don de Dios significando con ello que la justificación es recibida por la dádiva de Dios? O ¿Es una condición de la justificación, la cual tenemos que cumplir? ¿Es su fe una obra? ¿Es ésta la única obra que Dios le deja hacer? Recientemente tuve una discusión con algunas personas en Gran Rapids, Michigan. Estaba hablando sobre sola

gratia, y una de las personas estaba en desacuerdo. Él dijo, “¿Estás tratando de decirme que en conclusión es Dios quien soberanamente regenera o no el corazón?”

Y le dije, “Sí”; y él estuvo aún más en desacuerdo por esto. Le dije, “Déjame preguntarte esto: ¿Eres cristiano?”

Él dijo, “Sí.”

Le dije, “¿Tienes amigos que no son cristianos?”

Él dijo, “¡Oh!, claro que sí.”

Le dije, “¿Por qué eres cristiano y tus amigos no lo son? ¿Es por qué eres más justo que ellos? Él no era estúpido. El no iba a decir, “¡Oh! claro es porque soy más justo. Yo hice la cosa correcta y mis amigos no”. Él sabía a donde quería llegar con esta pregunta.

Y él dijo, “Oh, no, no, no.”

Le dije, “Dime por qué. ¿Es por qué eres más inteligente que tus amigos?”

Y él dijo, “No.”

Sin embargo el no estaba de acuerdo que al final, el punto decisivo era la gracia de Dios. El no quería venir a esto. Y después de discutir por quince minutos, él dijo, “ESTA BIEN, te lo diré. Soy un cristiano porque hice la cosa correcta, tuve la respuesta correcta y mis amigos no lo hicieron.”

¿En qué estaba confiando esta persona para su salvación? No en sus obras en general, sino en una obra que había hecho. Y él era un Protestante, un evangélico. Pero su punto de vista de la salvación no era diferente del punto de vista Romano.

La Soberanía de Dios en la Salvación

Este es el punto: ¿Es la fe una parte del don de Dios en la salvación? O ¿Es ésta tu propia contribución a la salvación? ¿Es nuestra salvación totalmente de Dios o depende finalmente de algo que hagamos por nosotros mismos? Aquellos quienes dicen esto último, que finalmente depende de algo que hagamos por nosotros mismos, por consiguiente niegan la absoluta incapacidad de la humanidad en el pecado y afirman con ello una forma de semi-Pelagianismo que es cierta después de todo. No es de maravillarse que más tarde la teología Reformada condenara el Arminianismo en su esencia, porque en principio, ambos regresan a Roma, en efecto, éste torna la fe en una obra meritosa, y es un rechazo de la Reforma porque niega la soberanía de Dios en la salvación de los pecadores, la cual fue el principio teológico y religioso más arraigado del pensamiento de los reformadores. El Arminianismo era sin lugar a dudas, a los ojos de los Reformados, una renunciación del Cristianismo del Nuevo Testamento a favor del Judaísmo del Nuevo Testamento. En esencia confiar en

la fe de uno mismo no es diferente que confiar en las obras de uno mismo, y el uno es tan sub-cristiano y anti-cristiano como el otro. A la luz de lo que Lutero le dice a Erasmo no hay duda que tenemos que ratificar este juicio.

Y aunque este punto de vista es el que predomina en las encuestas de hoy en la mayoría de los círculos evangélicos profesantes. Y así como el semi-Pelagianismo es en esencia simplemente una versión ligeramente velada del Pelagianismo verdadero, de igual manera éste es el mismo que prevalece en la iglesia, y no sé que pasará. Sin embargo, si sé que no sucederá: no tendremos una nueva Reforma. Hasta que nos humillemos y entendamos que ningún hombre es una isla y que ningún hombre tiene una isla de justicia, que somos completamente dependientes de la pura gracia de Dios para nuestra salvación, no empezaremos a descansar sobre la gracia y a regocijarnos en la grandeza de la soberanía de Dios, hasta que no desechemos la influencia pagana del humanismo que exalta y coloca al hombre en el centro de la religión. Hasta que esto suceda no tendremos una nueva Reforma, porque en el corazón de la enseñanza Reformada está el lugar central de la adoración y gratitud dadas a Dios y sólo a Dios. Soli Deo gloria, solamente a Dios, la gloria.

THE PELAGIAN CAPTIVITY OF THE CHURCH BY R. C. SPROUL

R. C. Sproul is a member of the Alliance of Confessing Evangelicals and Chairman of Ligonier Ministries in Orlando, Florida.

“Pelagian Captivity of the Church”, *Modern Reformation*, May/June 2001, Vol 10, Number 3, 22-29.

Reprinted by permission of the Alliance of Confessing Evangelicals, 1716 Spruce Street, Philadelphia, PA 19103.

Traducido por: Eduardo Osuna

El Deber y El Honor

por R. C. Sproul

Hace muchos años, participé en una reunión con unos empresarios en Jackson, Misisipi. En el transcurso de esa conversación, uno de ellos hizo referencia a otro hombre que no estaba presente allí. Dijo: “Él es un hombre honrado”. Al escuchar este comentario, agucé el oído ya que, por un momento, pensé que estaba escuchando otro idioma. Entonces me di cuenta de que estaba en el medio del Profundo Sur, donde las viejas costumbres no han sido erradicadas por completo y, sin embargo, aún no podía

sobreponerme al hecho de que alguien, en estos tiempos que corren, había usado la palabra honor como un término descriptivo para referirse a otro hombre. El término honor se ha convertido en una palabra un tanto arcaica. Tal vez recordemos el famoso discurso que dio el General Douglas MacArthur en West Point, titulado “Deber, Honor, País”, pero eso fue hace más de medio siglo. Actualmente, la palabra honor casi ha desaparecido del idioma inglés. Prácticamente, sólo veo esta palabra impresa en pegatinas de parachoques que exponen que el dueño del automóvil tiene un hijo que está en el cuadro de honor, pero el cuadro de honor es, tal vez, el último vestigio de un concepto olvidado.

Hablo sobre el honor porque el diccionario enumera este término como el principal sinónimo para la palabra integridad. En este artículo me interesa preguntar: ¿cuál es el significado de integridad? Si vemos las definiciones comunes que nos dan los lexicógrafos, como por ejemplo, las del diccionario Webster, podemos encontrarnos con varios sentidos. En primer lugar, la integridad es definida como "la adherencia inflexible a principios morales y éticos". Segundo, integridad significa “firmeza de carácter”. Tercero, integridad significa “honestidad”. Cuarto, integridad refiere al “todo y la completitud”. Quinto y último, integridad quiere decir ser “indoblegable en su propio carácter”.

Ahora, estas definiciones describen personas que son casi tan raras, como lo es el uso del término honor. En el primer caso, la integridad describiría a alguien que podríamos llamar “persona de principios”. Esta persona de principios es, según como lo define el diccionario, alguien que es inflexible. La persona no es inflexible en cada negociación o discusión sobre asuntos importantes, pero sí lo es respecto a principios éticos o morales. Esta es una persona que pone los principios por delante de los beneficios personales. El arte del compromiso es una virtud en una cultura políticamente correcta, pero lo políticamente correcto es, en sí mismo, modificado por el adjetivo calificativo político. Ser político es, con frecuencia, ser una persona que compromete todo, incluyendo a los principios.

También vemos que la integridad refiere a la firmeza de carácter y honestidad. Cuando miramos el Nuevo Testamento, por ejemplo, en la Epístola de Santiago, Santiago proporciona una lista de virtudes que deben volverse manifiestas en la vida cristiana. En el capítulo 5 de esa carta, en el verso 12, él escribe: “Y sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni con ningún otro juramento; antes bien, sea vuestro sí, sí, y vuestro no, no, para que no caigáis bajo juicio” (Santiago 5:12, LBLA). Aquí, Santiago eleva la fiabilidad de la palabra de una persona, un simple sí o no, al rango de una virtud que está "sobre todo". Lo que Santiago está estableciendo, es que la integridad requiere de un tipo de honestidad que indica que cuando decimos que vamos a hacer algo, nuestra palabra es nuestro lazo. No deberíamos necesitar juramentos o promesas sagradas para ser fiables. Puede confiarse en las personas íntegras solo en base a lo que dicen.

En nuestra cultura vemos, una y otra vez, la distinción entre un político y un estadista. Una persona que conozco los distinguí en los siguientes términos: Un político es una

persona que mira hacia la próxima elección mientras que un estadista es una persona que mira hacia la próxima generación.

Reconozco que hay cierto cinismo inherente a esa diferenciación, que tiene que ver con la idea de que los políticos son personas que comprometerán las virtudes o los principios con el fin de ser elegidos o para mantener su cargo. Esa carencia de virtud no sólo se observa en los políticos sino que puede encontrarse también, diariamente, en las Iglesias, que a veces parecen estar llenas de pastores que están preparados para comprometer la verdad del Evangelio por el bien de su propia popularidad. Esta es la misma ausencia de integridad que destruyó la nación de Israel en el Antiguo Testamento, donde los falsos profetas proclamaban lo que sabían que la gente quería escuchar en lugar de lo que Dios les había encomendado decir. Esa es la quintaesencia de la falta de integridad.

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, nos encontramos con el más alto ejemplo de falta de integridad en la sentencia dada a Jesús por el procurador romano, Poncio Pilatos. Luego de examinar e interrogar a Jesús, Pilatos hizo el anuncio a la ruidosa multitud. "No encontré ninguna culpa en él". Sin embargo, tras realizar esta declaración, Pilatos estaba dispuesto a entregar al Elegido a la furiosa muchedumbre. Este fue un claro acto de compromiso político en el que los principios y la ética fueron arrojados al viento para calmar a una multitud embravecida.

Miremos nuevamente en el Antiguo Testamento, la experiencia del profeta Isaías en su visión registrada en el capítulo 6 de ese libro. Recordemos que Isaías vio al Señor elevado en lo alto, como así también al Serafín cantando el Trisagio "Santo, Santo, Santo". En respuesta a esta epifanía, Isaías gritó, "Ay de mí" anunciando una maldición sobre sí mismo. Él dijo que la razón de su maldición era que él estaba "perdido" o "arruinado". Lo que Isaías experimentó en ese momento fue la desintegración humana. Antes de esa visión, Isaías era visto como el hombre más correcto de la nación. Se paraba seguro y confiado sobre su propia integridad. Todo se mantenía unido gracias a su virtud. Se consideraba a sí mismo como una persona entera, íntegra, pero tan pronto como vio el último modelo y estándar de integridad y virtud en la personalidad de Dios, experimentó la desintegración. Se desmoronó, al darse cuenta que su sentido de integridad era, como mucho, una pretensión.

Calvino indicó que esto es lo común en la mayoría de los seres humanos quienes, mientras mantienen su mirada fija en el nivel de la experiencia horizontal o terrestre, se felicitan a sí mismos y se consideran, con halagos, apenas un poco menos que semi-dioses. Pero una vez que alzan la mirada hacia el cielo y consideran, aunque sea por un momento, qué clase de ser es Dios, se paran temblando, siendo completamente desmentida cualquier ilusión de integridad.

El cristiano debe reflejar el carácter de Dios. El cristiano debe volverse inflexible con respecto a los principios éticos. El cristiano es llamado a ser una persona de honor en cuya palabra puede confiarse.

El Libro de Job: ¿Por qué sufren los justos?

por R. C. Sproul

En el campo de batalla de los estudios bíblicos, existen cinco libros que normalmente se incluyen bajo el título de “literatura sabia” o “los libros poéticos del Antiguo Testamento”. Son los libros de Proverbios, Salmos, Eclesiastes, Canción de Salomón, y Job. De estos cinco libros, hay uno que sobresale por encima de todos, manifestando diferencias significativas respecto a los otros cuatro. Ése es el libro de Job. La sabiduría que hallamos en el libro de Job no se comunica en forma de proverbio. Más bien, el libro de Job trata las cuestiones de la sabiduría en el contexto de una narración que relata la profunda angustia y el dolor insoportable por los que pasa Job. La narrativa está enmarcada en la época patriarcal. Se han planteado cuestiones respecto a la intención del autor de este libro, en cuanto a si estaba destinado a ser una narración histórica de un individuo real o si su estructura básica es la de un drama con prólogo, incluyendo una escena de apertura en el cielo, que describe un discurso entre Dios y Satanás, y se mueve hacia el clímax en el epílogo, en el que Job recupera las profundas pérdidas que ha sufrido durante su juicio.

En cualquier caso, en el corazón del mensaje del libro de Job se halla la sabiduría respecto a la respuesta a la pregunta de cómo Dios está implicado en el problema del sufrimiento humano. En todas las generaciones se levantan protestas afirmando que si Dios es bueno, entonces no debería existir el dolor, el sufrimiento ni la muerte en este mundo. Paralelamente a esta protesta contra las cosas malas que les ocurren a las buenas personas, también ha habido intentos de crear un cálculo del dolor, por el que se infiere que el umbral de sufrimiento de un individuo es directamente proporcional al grado de su culpa o del pecado que ha cometido. En el capítulo nueve de Job hallamos una rápida respuesta a esto, donde Jesús responde a la pregunta de los discípulos respecto al origen del sufrimiento del hombre que ha nacido ciego.

En el libro de Job, el personaje es descrito como un hombre justo, en realidad el hombre más justo que se puede encontrar en la tierra, pero sobre el que Satanás afirma que es justo únicamente para recibir bendiciones de la mano de Dios. Dios ha colocado un cerco a su alrededor y lo ha bendecido más que al resto de los mortales, y como resultado el Diablo acusa a Job de servir a Dios solo por los generosos beneficios que recibe de su Creador. El malvado desafía a Dios a quitar el cerco de protección y comprobar si Job empezará entonces a maldecir a Dios. A medida que la historia se desarrolla, el sufrimiento de Job progresa rápidamente de mal en peor. Su sufrimiento es tan intenso que se encuentra sentado en una montaña de estiércol, maldiciendo el día que nació, y gritando a los cuatro vientos su dolor incesante. Su pena es tan grande que incluso su esposa le aconseja que maldiga a Dios, para que pueda morir y liberarse de su agonía. Lo que viene a continuación es el consejo que recibe Job de sus amigos, Elifaz, Bildad y Sofar. Su testimonio revela cuán vacía y hueca es su lealtad hacia Job, y lo presuntuosos que son al asumir que la innombrable pena de Job se debe a una degeneración radical del carácter de Job.

El consejo que recibe Job alcanza un nivel más alto gracias a las profundas visiones de Elihu. Elihu ofrece varios discursos que llevan muchos elementos de sabiduría bíblica. Pero la sabiduría final que se halla en este gran libro no procede de los amigos de Job o de Elihu, sino del mismo Dios. Cuando Job pide que Dios le dé una respuesta, Dios le contesta con este reproche, “¿Quién es este que oscurece los consejos con palabras sin conocimiento? Vístete para la acción como un hombre; Yo te preguntaré, y tú me lo harás saber” (Job 38:1-3). Lo que sigue a este reproche es el interrogante más intenso que se ha planteado a Dios. A primera vista casi parece que Dios está acosando a Job, según lo que Él dice, “¿Dónde estabas tú cuando puse los cimientos de la tierra? (v. 4). Dios cuestiona a Job pregunta tras pregunta de esta manera. ¿Puedes atar las cadenas de las Pleides? ¿O aflojar el cinturón de Orión? ¿Puedes conducir a los Mazzaroth en su temporada, o puedes guiar al Oso con sus crías?” (vv. 31-32). Obviamente, la respuesta a estas preguntas retóricas que vienen con la rapidez de una ametralladora es siempre, “No, no, no”. Dios castiga la inferioridad y subordinación de Job con Su interrogatorio. Dios continúa asaltando a Job con pregunta tras pregunta sobre la capacidad de Job para hacer cosas que Job no puede hacer pero que Dios claramente sí puede.

En el capítulo 40, Dios le dice a Job finalmente, “¿Debería un criticón luchar contra el Todopoderoso? Aquél que discute con Dios, que responda por ello” (v. 2). Ahora, la respuesta de Job no es de demanda desafiante para las respuestas a su sufrimiento. Más bien dice, “Contemplad, yo soy insignificante; ¿qué puedo responderte? Pongo mi mano sobre mi boca. He hablado una vez, y no responderé; dos veces, pero no iré más lejos” (vv. 4-5). Y una vez más Dios prosigue con el interrogatorio y se adentra más profundamente en el interrogatorio de fuego abierto que muestra el contraste aplastante entre el poder de Dios, que es conocido en Job como El Shaddai, y la impotencia contrastante de Job. Finalmente, Job confiesa que esas cosas eran demasiado maravillosas. Dice, “Había oído hablar de ti por medio de mis oídos, pero ahora mis ojos te ven; por tanto me desprecio a mí mismo, y me arrepiento de todo corazón” (42:5-6).

Algo que cabe mencionar en este drama, es que Dios nunca responde directamente a las preguntas de Job. No dice, “Job, el motivo por el que has sufrido es este o aquél”. Más bien, lo que Dios hace en el misterio de la injusticia de un sufrimiento tan profundo, es que Él responde a Job con Su presencia. Esta es la sabiduría que responde a la cuestión del sufrimiento – no la respuesta de porqué tengo que sufrir de un modo particular, en un momento particular, y en una circunstancia particular, sino dónde descansa mi esperanza en medio del sufrimiento.

La respuesta a esto proviene claramente de la sabiduría del libro de Job, que concuerda con las demás premisas de la literatura sabia: el temor del Señor, la admiración y la reverencia ante Dios, es el principio de la sabiduría. Y cuando estamos perplejos y confundidos por las cosas de este mundo que no podemos entender, no buscamos respuestas específicas a preguntas específicas, sino que buscamos conocer a Dios en Su santidad, en Su rectitud, en Su justicia, y en Su misericordia. He aquí la sabiduría que se encuentra en el libro de Job.

por R. C. Sproul

La regeneración precede a la Fe. Esta afirmación que captura el corazón de la teología distintiva del pensamiento histórico Agustiniiano y Reformado, es la afirmación "parte aguas" que distingue esa teología de todas las formas de semi-Pelagianismo. Esto es, lo distingue de casi todas las formas de semi-Pelagianismo.

Hay una posición histórica de semi-Pelagianismo que aboga por la perspectiva de un beneficio universal que abarca a toda la humanidad como resultado de la expiación de Jesús. Este beneficio universal es la regeneración de todos los hombres - por lo menos al grado que los rescate de la inhabilidad moral de su pecado original y ahora les da la capacidad de tener la habilidad de ejercer su fe en Cristo. Esta nueva habilidad de creer hace posible la Fe, pero de ninguna manera la hace efectiva. Este tipo de regeneración no trae en su despertar la certeza de que aquellos quienes renacieron pondrán de hecho su Fe en Cristo.

Por lo demás, de cualquier modo, la declaración, "La regeneración precede a la Fe", es la posición "parte aguas" que les causa apoplejía en la mente a los semi-Pelagianos. Los semi-Pelagianistas alegarían que a pesar de los estragos de la caída, el hombre aún tiene una isla de justicia que permanece en su alma, por la cual aún puede aceptar o rechazar la oferta de gracia por parte de Dios. Esta perspectiva, tan ampliamente sostenida en los círculos evangélicos, alega que uno debe creer en Cristo para poder nacer nuevamente, y de este modo el orden de la salvación se invierte en esta visual manteniendo que la fe precede a la regeneración.

De cualquier modo, cuando consideramos la enseñanza en este asunto como se encontró en las anotaciones de Juan sobre la discusión de Jesús con Nicodemo, vemos el énfasis que Jesús pone en la regeneración como condición necesaria, "siempre que...", para creer en El. Le dice a Nicodemo en Juan 3:3: "En verdad te digo, que a menos que uno vuelva a nacer, no podrá ver el reino de Dios." Nuevamente en los versículos 5-7, Jesús dice, "En verdad les digo, que a menos que uno nazca del agua y del Espíritu, no podrá entrar al reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu. No te asombres de lo que te digo, 'Debes volver a nacer.'" Lo mandatorio de la regeneración, de lo que Jesús habla es necesario aún para ver el reino de Dios, más aún para entrar a él. No podemos ejercer nuestra fe en un reino al que no podemos entrar si no es por el re-nacimiento.

La debilidad de todo el semi- Pelagianismo es que invierte en los caídos, corrompe la carne del hombre el poder ejercer su fe. Aquí, el hombre caído puede venir a Cristo sin regeneración, es decir, antes de la regeneración. Por otro lado, el axioma de que la regeneración precede a la fe, incide totalmente en el corazón del asunto histórico entre Agustiniianismo y semi- Pelagianismo.

En la perspectiva del Agustiniianismo y Reformismo, la regeneración se ve primero que nada como un trabajo sobrenatural de Dios. La regeneración es el trabajo divino de Dios, el Espíritu santo sobre las mentes y almas de la gente caída, por el cual el Espíritu fustiga a aquellos quienes están espiritualmente muertos y los hace espiritualmente vivos. Este trabajo sobrenatural rescata a esta persona de su apego al pecado y su incapacidad moral de inclinarse por sí mismo hacia las cosas de Dios. La regeneración, por ser un trabajo sobrenatural, es un trabajo que no puede ser logrado

por un hombre común por sí mismo. Si fuera un trabajo común, no requeriría la intervención de Dios el Espíritu santo.

En segundo lugar, la regeneración es un trabajo monergístico. “Monergístico” significa que es el trabajo de una persona que ejerce su poder. En el caso de la regeneración, es solamente Dios quien tiene la capacidad, y es solamente Dios quien ejecuta el trabajo de regeneración del alma humana. El trabajo de regeneración no es una actividad conjunta entre la persona caída y el divino Espíritu; es solamente el trabajo de Dios.

En tercer lugar, el trabajo monergístico del Espíritu Santo es un trabajo inmediato. Es inmediato en el tiempo, y es inmediato en relación al principio de operar sin intermediarios. El Espíritu Santo no usa nada más que su propio poder para rescatar a una persona de la muerte espiritual a la vida espiritual, y cuando el trabajo se logra, se logra instantáneamente. Nadie es regenerado parcialmente o casi regenerado. Aquí tenemos una situación clásica de o es/ o. Una persona o vuelve a nacer, o no vuelve a nacer. No hay un periodo de nueve meses de gestación en relación a este nacimiento. Cuando el Espíritu cambia la disposición del alma humana, lo hace instantáneamente. Una persona puede no estar consciente de este trabajo interno logrado por Dios por algún tiempo después de que en realidad ha ocurrido. Pero aunque nuestra percepción de él puede ser gradual, la acción es instantánea.

En cuarto lugar, el trabajo de regeneración es efectivo. Esto es, cuando el Espíritu Santo regenera un alma humana, el propósito de esa regeneración es de dar a esa persona la fe salvadora en Jesucristo. El propósito se efectúa y es logrado como el propósito de Dios en la intervención. La regeneración es más que darle a una persona la posibilidad de tener fe, le da la certeza de poseer esa fe salvadora.

El resultado de nuestra regeneración es primero que nada fe, la cual resulta entonces en justificación y adopción en la familia de Dios. Nadie nace en este mundo como hijo de la familia de Dios. Nacemos como hijos de la ira. La única forma de entrar en la familia de Dios es la adopción, y la adopción ocurre cuando nos unimos al único Hijo engendrado de Dios por la fe. Cuando nos unimos a Cristo por la fe, entonces somos adoptados por la familia en la que Cristo es el primogénito. La regeneración por lo tanto involucra un nuevo génesis, un nuevo principio, un nuevo nacimiento. Es por ese nacimiento que somos adoptados en la familia de Dios.

Finalmente, es importante ver que la regeneración es un regalo que Dios otorga soberanamente a todos aquellos quienes el determina traer a ser parte de su familia.

La Noche Oscura del Alma

por R. C. Sproul

La noche oscura del alma. Este fenómeno describe una enfermedad que los más grandes de los cristianos han sufrido de vez en cuando. La enfermedad que provocó que David empapara de lágrimas su cama y que le ganó a Jeremías el apodo de “El Profeta Llorón.” Fue la enfermedad que afligió tanto a Martín Lutero que su melancolía amenazaba con destruirle. Éste no es un ataque ordinario de depresión, pero es una depresión que está ligada a una crisis de fe, una crisis que viene cuando se siente la ausencia de Dios o se da lugar a una sensación de ser abandonado por Él.

La depresión espiritual es real y puede ser grave. Nos preguntamos cómo una persona de fe puede experimentar tales bajones espirituales, pero lo que sea que los provoca no lo aparta de su realidad. Nuestra fe no es una acción constante. Se mueve. Vacila. Nos movemos de fe en fe y entretanto podríamos tener periodos de duda cuando gritamos: "Señor creo; ayúdame en mi incredulidad."

Podemos pensar también que la noche oscura del alma es algo completamente incompatible con el fruto del Espíritu, no solo el de la fe, sino también el del gozo. Una vez que el Espíritu Santo ha inundado nuestros corazones con un gozo indescriptible, ¿cómo puede haber lugar en el para tal oscuridad? Es importante que distingamos entre el fruto espiritual del gozo y el concepto cultural de la felicidad. Un cristiano puede tener gozo en su corazón mientras tiene depresión espiritual en su cabeza. La alegría que tenemos nos sostiene durante esas noches oscuras y no se ahoga por una depresión espiritual. El gozo del cristiano es uno que sobrevive a todos los bajones de la vida.

En su segunda carta a los Corintios, Pablo encomienda a sus lectores la importancia de predicar y comunicar el Evangelio a la gente. Pero a través de eso, él le recuerda a la iglesia que el tesoro que hemos recibido de Dios es un tesoro que no está contenido en vasos de oro y plata pero en lo que el apóstol llama "vasos de barro." Por esta razón él dice: "Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la extraordinaria grandeza del poder sea de Dios y no de nosotros. Afligidos en todo, pero no agobiados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos; llevando siempre en el cuerpo por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo." (2 Cor. 4:7-10)

Este pasaje indica los límites de la depresión que nosotros experimentamos. La depresión puede ser profunda, pero no es permanente, ni es fatal. Toma en cuenta que el apóstol Pablo describe nuestra condición de varias maneras. Dice que estamos "afligidos, perplejos, perseguidos, y derribados." Estas son imágenes poderosas que describen el conflicto que los cristianos deben resistir, pero en cada lugar que él describe este fenómeno, él describe al mismo tiempo sus límites. Afligidos en todo, pero no agobiados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos.

Así que tenemos esta presión que resistir, pero la presión, aunque es severa, no nos agobia. Podremos estar confundidos y perplejos, pero el punto bajo al que nos lleva la perplejidad no ocasiona una desesperación total y completa. Aún en la persecución, y lo sería que ésta pueda ser, todavía no estamos abandonados, y podremos sentirnos abrumados y derribados como mencionó Jeremías, y todavía tener lugar para el gozo. Pensemos en el profeta Habacuc, quien en su miseria permaneció confiado en que a pesar de las dificultades por las que tuvo que pasar, Dios le daría "pies como los de las ciervas, y por las alturas me hace caminar."

En otro lugar, el apóstol Pablo al escribir a los Filipenses les amonestó de que "por nada estéis afanosos," diciéndoles que la cura para la ansiedad se encuentra en sus

rodillas, que es la paz de Dios que calma nuestro espíritu y disipa la ansiedad. De nuevo, podemos estar ansiosos y nerviosos y preocupados sin estar últimamente sometidos a la desesperación total.

Esta coexistencia entre la fe y depresión espiritual va paralela a otras declaraciones bíblicas de condiciones emotivas. Se nos dice que es perfectamente legítimo para los creyentes que sufran quebranto. Nuestro Señor era un varón de dolores y experimentado en quebranto. Aunque el quebranto pueda llegar a hasta las raíces de nuestras almas, no puede resultar en amargura. La pena es una emoción legítima, y en ocasiones hasta una virtud, pero no debe haber lugar en el alma para la amargura. De igual manera, vemos que es bueno ir a la casa del luto, pero aún en el luto, este sentimiento bajo no debe dar lugar a odio. La presencia de la fe no garantiza de la ausencia de depresión espiritual; pero de todas maneras, la noche oscura del espíritu siempre da lugar al resplandor del mediodía de la presencia de Dios.

Norma Nomata: Una Norma que
Norma o es Normada

por R. C. Sproul

La palabra credo del Latín significa “yo creo”. Representa la primera palabra del Credo de los Apóstoles. A través de la historia de la Iglesia, Ésta ha tenido que adoptar y aceptar las afirmaciones de credo para clarificar la fe Cristiana y para distinguir el contenido verdadero del erróneo o de las representaciones falsas de la fe. Tales credos se diferencian de las Escrituras en tanto que éstas son norma normans (“la norma que norma”), mientras que los credos son norma normata (“una norma que es normada”). Históricamente los credos Cristianos han incluido todo, desde afirmaciones breves a declaraciones exhaustivas. Encontramos el credo más antiguo en el Nuevo Testamento, cuando se manifiesta que “Jesús es el Señor”. El Nuevo Testamento hace una declaración un tanto críptica acerca de esta afirmación, indicando que nadie puede decirla, excepto por obra del Espíritu Santo. ¿Qué debemos entender con esto? Por una parte el Nuevo Testamento nos dice que la gente puede honrar a Dios de palabra, mientras que sus corazones están lejos de Él. Lo cual equivale a decir que la gente puede recitar credos y hacer afirmaciones categóricas de fe sin realmente creer en ellas. Así entonces, ¿por qué dice el Nuevo Testamento que nadie puede confesar esto excepto por obra del Espíritu Santo? Quizá fue por el coste asociado a hacer esta afirmación de credo en el contexto de la antigua Roma.

El juramento de lealtad que debían hacer los ciudadanos romanos para demostrar su afiliación al imperio en general y al emperador en particular consistía en decir públicamente, “Kaisar Kurios,” que significa, “César es el señor”. En la Iglesia del siglo primero, los cristianos hacían todo lo posible para obedecer a los magistrados civiles, incluso a las medidas opresoras del César, y aún así, a la hora de afirmar públicamente

que César es el señor, no podían hacerlo con una conciencia tranquila. Como sustituto de esta frase, los primeros cristianos hacían la afirmación diciendo “Jesús es el Señor”. Pero al hacer esto se provocaba la ira del gobierno romano, y en muchos casos, les costaba la vida. Por tanto, la gente tendía a no hacer esta afirmación pública a no ser que fueran motivados para ello por el Espíritu Santo. El simple credo “Jesús es el Señor”, o afirmaciones más extensas, tales como el Credo de los Apóstoles, dan una idea general de las enseñanzas básicas esenciales. Los credos resumen el contenido del Nuevo Testamento.

Los credos también utilizaron ese resumen de contenido para excluir las herejías del siglo cuarto. En la afirmación del Credo Niceno, la Iglesia declara categóricamente su creencia en la divinidad de Cristo y en la doctrina de la Trinidad. Estas afirmaciones se consideraron verdades esenciales de la fe Cristiana. Esenciales porque, a no ser que se incluyan tales verdades, cualquier reivindicación de Cristiandad sería considerada falsa.

Durante los tiempos de la Reforma, hubo una proliferación de credos, ya que la comunidad protestante sintió la necesidad, en vista de la acalorada controversia reinante, de hacer afirmaciones contundentes acerca de sus creencias y de cómo su fe difería de la teología de la Iglesia Católica Romana. Incluso Roma misma añadió sus propias afirmaciones de fe en el Concilio de Trento a mediados del siglo dieciséis en respuesta al movimiento protestante. Pero cada grupo Protestante, tales como los Luteranos, la Iglesia Suiza Reformada y la Iglesia Escocesa Reformada sintieron la necesidad de clarificar las verdades que ellos declaraban. Esto se convirtió en una necesidad, no sólo por los desacuerdos entre las diferentes iglesias Reformadas, sino también para clarificar la posición protestante frente a las distorsiones frecuentes que presentaban sus antagonistas Católico Romanos. La declaración confesional del siglo diecisiete, conocida como la Confesión de Fe de Westminster, es una de las afirmaciones de credo más precisas y exhaustivas que se produjeron en la Reforma. Constituye un modelo de precisión y ortodoxia bíblica. Sin embargo, debido a su longitud y dimensión exhaustiva, resulta difícil encontrar a dos defensores de la Confesión de Fe de Westminster que estén de acuerdo en todos y cada uno de sus puntos. Por tanto, Iglesias que utilizan esta u otras confesiones similares, normalmente limitan los requerimientos de adherencia mediante un reconocimiento del “sistema de doctrina incluido”. Estos credos protestantes posteriores, no sólo tenían la intención de afirmar lo que ellos veían como partes esenciales de la Cristiandad, sino además clarificar los detalles de cada comunión religiosa específica que utilizaría tales confesiones de fe extensivas.

En nuestros días una fuerte aversión surge contra confesiones de fe de cualquier tipo o a cualquier nivel. De una parte, el relativismo tan dominante en la cultura moderna previene cualquier confesión de verdades absolutas. Y no solo esto, sino que también hemos observado una reacción negativa muy fuerte contra la naturaleza racional y

proposicional de la verdad. Afirmaciones de credo son un intento de mostrar un entendimiento coherente y unificado del alcance global de las Escrituras. En este respecto, se trata de declaraciones breves de lo que históricamente hemos conocido como “teología sistemática”. La idea de esta teología sistemática es el supuesto de que todo lo que Dios dice es coherente y sin contradicción. Así, a pesar de que estos credos no se crean por pura especulación racional, están escritos de manera que sean inteligibles y comprendidos por la mente. Sin tales confesiones, la anarquía teológica reinaría en la Iglesia y en el mundo.

Nuestro Padre

por R. C. Sproul

Mi primera clase en la Free University de Ámsterdam echó por tierra mi autocomplacencia académica. Fue un shock cultural, una prueba de contrastes que comenzó en el momento en que el profesor, el Dr. G.C. Berkouwer entró en la sala. Cuando apareció por la puerta, todos los estudiantes se pusieron firmes mientras subía los peldaños del estrado, abría su cuaderno de notas y en silencio, asentía para que los estudiantes se sentaran. Entonces, comenzaba a dar su clase y los estudiantes, en un silencio sagrado, escuchaban obedientemente y tomaban notas durante una hora. Nadie se atrevió nunca a interrumpir o distraer al profesor atreviéndose a levantar la mano. La sesión estaba dominada por una sola voz: la voz a la que todos prestábamos atención.

Al terminar la clase, el profesor cerraba su cuaderno, descendía del estrado y se iba apresuradamente, no sin que antes los estudiantes se hubiesen puesto una vez más de pie en su honor. No había conversaciones, no había citas para después, no había cotilleos. Ningún estudiante se dirigió nunca al profesor excepto en los exámenes orales privados que estaban programados.

Cuando tuve mi primer examen de ese tipo estaba aterrorizado. Fui a la casa del profesor esperando pasar un calvario. Pero a pesar de lo exigente del examen, no lo fue. El doctor Berkouwer se mostró amable y acogedor. Como si fuera mi tío, me preguntó por mi familia. Se mostró muy preocupado por mi bienestar y me pidió que le preguntase lo que quisiera.

De cierta manera, esta experiencia fue como probar un poco del cielo. Naturalmente, el profesor Berkouwer era mortal; pero era un hombre con una inteligencia titánica y conocimientos de enciclopedia. Yo no me encontraba en su casa para enseñarle o para discutir con él: él era el profesor y yo el estudiante. Apenas había nada del mundo de la teología que él pudiera aprender de mí, y aún así, me estuvo escuchando como si realmente pensase que yo podía enseñarle algo. Se tomaba muy en serio mis

respuestas ante sus sagaces preguntas. Era como si un padre preocupado se estuviese interesando por su hijo.

Esta situación es la mejor analogía humana en la que puedo pensar para darle respuesta a la vieja pregunta de: Si Dios es soberano, ¿para qué hay que orar? No obstante, tengo que decir que esta analogía no es comparable. Aunque Berkouwer me sobrepasaba con su conocimiento, éste no era infinito sino limitado. En ningún caso era omnisciente.

Por otra parte, cuando hablo con Dios, no estoy hablando simplemente con un Gran Profesor en el Cielo. Estoy hablando con alguien que posee todo el conocimiento, alguien que no va a aprender nada de mí que Él ya no sepa. Él conoce todo lo que se puede conocer, incluyendo todo lo que tengo en mi cabeza. Él ya sabe todo lo que tengo que decirle antes de que se lo diga. Él sabe lo que va a hacer antes de que lo haga. Su conocimiento es soberano porque Él es soberano. Su conocimiento es perfecto, inalterable.

Aunque a veces la Biblia no encaja con el pensamiento humano que manifiesta la idea de que Dios cambia su parecer, cede o se arrepiente de Sus planes, en algún lugar la Biblia nos recuerda que las formas de expresión humanas son sólo eso, y que Dios no es un hombre que se arrepienta. En Él no hay atisbo de cambio. Su consejo permanece por siempre. Él no tiene un plan B. Un plan B es un plan “de emergencia”, y aunque Dios conoce todas las situaciones de emergencia, para Él mismo no existen tales.

La gente se pregunta: ¿la oración cambia la voluntad de Dios? Hacer esa pregunta es responderla. ¿Qué clase de Dios podría verse influenciado por mis oraciones? ¿Cómo podrían mis oraciones cambiar Sus planes? ¿Puede ser que yo le dé a Dios alguna información que Él ya no tenga? O ¿podría persuadirle de hacer algo de una forma más excelente gracias a mi sabiduría superior? Por supuesto que no. No estoy capacitado en absoluto para ser el mentor de Dios o su asesor en la toma de decisiones. Por tanto, la respuesta es sencillamente que la oración no cambia la voluntad de Dios.

Pero supongamos que preguntamos sobre la relación entre la soberanía de Dios y nuestras oraciones de una manera ligeramente distinta: ¿La oración cambia las cosas? La respuesta ahora se convierte en un enérgico “¡Sí!”. Las Escrituras nos dicen que “La oración eficaz del justo puede lograr mucho” (Santiago 5:16). Este texto declara que la oración es efectiva, no un ejercicio piadoso e inútil. Lo que es inútil no logra nada. Sin embargo, la oración logra mucho. Lo que logra mucho nunca es inútil.

¿Qué logra la oración? ¿Qué cambia? En primer lugar, mis oraciones me cambian. El propósito de la oración no es cambiar a Dios. Él no cambia porque no necesita cambiar, pero yo sí. Igual que las preguntas del doctor Berkouwer no eran para su beneficio sino para el mío, mi tiempo con Dios es para mi edificación, no para la de Él. La oración es uno de los grandes privilegios que se nos dio junto con la justificación. Una de las consecuencias de nuestra justificación es que tenemos acceso a Dios. Hemos sido adoptados en Su familia y hemos recibido el derecho a dirigirnos a Él

llamándole Padre. Somos alentados a acudir a Su presencia sin complejos (existe por supuesto una diferencia entre sin complejos y con arrogancia).

Pero la oración también cambia cosas. En la práctica, podemos decir que la oración funciona. Aquello que es efectivo es aquello que provoca o produce efectos. En teología, se distingue entre causalidad primaria y secundaria. La causalidad primaria es la fuente de energía de todas las causas. Cuando la Biblia dice "porque en Él vivimos, nos movemos y existimos" (Hechos 17:22), indica que sin la providencia de Dios que nos sustenta, no tendríamos ninguna fuerza para vivir, gobernar o existir. Toda la fuerza que podamos tener es algo secundario; siempre dependerá de Dios para su eficacia final. Y esto es real. La oración es uno de los medios que usa Dios para que se cumpla la voluntad que Él dispone. Esto quiere decir que Dios no solamente dispone propósitos, sino también los medios que Él usa para que se cumplan esos propósitos.

Dios no necesita que prediquemos para salvar a Su pueblo. Aún así, ha elegido obrar mediante la predicación. Él es el que da poder a nuestra predicación humana mediante Su propio poder. Él da poder a nuestras oraciones para que después de que hayamos orado, podamos apartarnos y ver cómo desata Su poder en y por medio de nuestras oraciones.

Oramos con esperanza y confiadamente no sólo por la soberanía de Dios, sino a causa de ella. Lo que sería una pérdida de aliento y de tiempo sería orar a un dios que no fuera soberano.

EL NUEVO GENESIS por R. C. SPROUL

“ Sin la presencia del Espíritu no hay convicción, ni regeneración, ni santificación, ni limpieza, ni obras aceptables... La vida esta en la vivificación del Espíritu.- W. A. Criswell

El nacimiento y el nuevo nacimiento. Ambos son el resultado de la operación del Espíritu Santo. De igual manera que no podemos vivir biológicamente aparte del poder del Espíritu Santo, así tampoco ningún hombre puede venir a tener vida con Dios sin la obra del Espíritu.

En Su discurso con Nicodemo, Jesús le dijo esto acerca del Espíritu Santo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Juan 3:3)

El ser "nacido de nuevo" es experimentar un segundo génesis. Esto es un nuevo comienzo, un iniciar de nuevo en la vida. Cuando algo es iniciado, decimos que esto es generado. Si esto inicia de nuevo, esto es regenerado. El verbo griego "geniauo" que es traducido como "generar" significa "ser," "llegar a ser", o "suceder." La regeneración

por el Espíritu Santo es un cambio. Este es un cambio radical que produce una nueva clase de ser.

El ser regenerado no significa que nosotros somos transformados de seres humanos a seres divinos. Esto significa que somos transformados de seres espiritualmente muertos a seres espiritualmente vivos.

Las personas espiritualmente muertas son incapaces de buscar el reino de Dios. Este es invisible para ellos, no por causa de que el reino sea invisible en sí mismo, sino porque los muertos espiritualmente están también espiritualmente ciegos.

LA NECESIDAD DE LA REGENERACIÓN

Cuando Jesús usó las palabras “el que no” [que pueden ser traducidas también como “a menos que” ó “si uno no”] en su conversación con Nicodemo, Él está estableciendo lo que nosotros llamamos una condición necesaria. Una condición necesaria es prerequisite absoluto para que un resultado deseado suceda. No podemos tener fuego sin la presencia del oxígeno porque el oxígeno es una causa necesaria para el fuego.

En la jerga del cristianismo, la gente habla de cristianos “nacidos de nuevo”. Técnicamente hablando, esta frase es redundante. Si una persona no es nacida de nuevo, si ella no es regenerada, entonces no es cristiana. Esta puede ser miembro de una iglesia cristiana. También puede profesar ser cristiana. Pero, a menos que una persona sea regenerada, ella no está en Cristo y Cristo no está en ella.

Las palabras “si uno no” hacen de la regeneración un sine qua non de la salvación. Si no hay regeneración no hay vida eterna. Sin regeneración una persona no puede ver ni entrar en el reino.

Cuando Nicodemo quedó perplejo por la enseñanza de Jesús, él replicó: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? (Juan 3:4).

En la respuesta de Nicodemo podemos ver probablemente un intento de ridiculizar la enseñanza de Jesús. En términos rudos él sugiere que lo que Jesús quiere decir es que una persona plenamente desarrollada debe procurar la tarea imposible de regresar al vientre de su madre.

Nicodemo falló en distinguir el nacimiento biológico del nacimiento espiritual. El no diferenció entre carne y espíritu. Jesús respondió a su pregunta al decirle, "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo" (Juan 3:5-7).

De nuevo Jesús introduce sus palabras diciendo, “De cierto, de cierto de digo...” La palabra “de cierto” – el hebreo amén, que fue llevado dentro del Nuevo Testamento – indica un fuerte énfasis. Por lo cual, cuando Jesús habló de la regeneración como una condición necesaria para ver y entrar en el reino de Dios, Él estableció esta condición necesaria de manera enfática. Argüir en contra de la necesidad del nuevo nacimiento para llegar a ser cristiano, como muchos de nuestros contemporáneos frecuentemente lo hacen, es permanecer en clara oposición a la enseñanza enfática de Jesucristo.

Las palabras “no puede” también son cruciales en la enseñanza de Jesús. Las dos palabras juntas dan una idea negativa relacionada con la capacidad ó la posibilidad. Sin la regeneración ninguno (negativo universal) es capaz de entrar al reino de Dios. No hay excepciones. Por lo tanto es imposible entrar al reino de Dios sin un nuevo nacimiento.

Ninguno es nacido como un Cristiano. Ninguno es nacido biológicamente dentro del reino de Dios. El primer nacimiento es aquel que es de la carne. La carne engendra carne. Esta no puede producir espíritu.

Más adelante en el Evangelio de Juan, Jesús agrega este comentario: "El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha" (Juan 6:63).

Cuando Martín Lutero estaba debatiendo si el hombre caído es completamente dependiente del Espíritu Santo para la regeneración, él citó éste texto y añadió: “la carne para nada aprovecha”. Y ‘nada’ no es ‘una pequeña cosa’.” La carne no es meramente débil con respecto al poder del nuevo nacimiento. Esta es totalmente impotente. No tiene ningún poder para efectuar el nuevo nacimiento. Ella no puede ayudar ó acrecentar la obra del Espíritu. Todo lo que la carne puede producir es más carne. No puede producir ni una pizca de Espíritu. La nada no es una pequeña cosa.

Finalmente Jesús dice, “Os es necesario nacer de nuevo”. Si hay alguna ligera ambigüedad con el uso de las palabras condicionales “si uno no”, la ambigüedad se evapora completamente con la palabra “necesario”.

LA REGENERACIÓN EN EFESIOS

En su carta a los Efesios el apóstol Pablo habla de la obra de regeneración del Espíritu Santo. "Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)" (Efesios 2:1-5).

Pablo nos ofrece una descripción gráfica de nuestra impotencia espiritual antes de la regeneración. Él se está dirigiendo a los creyentes de Éfeso y les está describiendo la condición anterior en la cual todos ellos se encontraban. Él añade la frase “lo mismo que los demás” (2:3), presumiblemente refiriéndose a toda la humanidad. Él declara que esta condición anterior era un estado de muerte: “estabais muertos en vuestros delitos y pecados.” De nuevo, esta muerte obviamente no es una muerte biológica, ya que él enumera actividades en las que estas personas muertas estaban envueltas.

El patrón de conducta característico de la gente muerta en delitos y pecados es descrito en términos de caminar en una corriente particular. Él la llama “la corriente de este mundo” (2:1-2). Aquí la corriente de este mundo obviamente se refiere a un curso o patrón que es opuesto al curso del cielo. Las palabras este mundo no se refieren tanto a un lugar sino a un estilo ó un punto de referencia. Estas envuelven una orientación terrenal ó mundanal.

Los cristianos y no cristianos compartimos igualmente la misma esfera de operaciones. Todos nosotros vivimos en este mundo. Sin embargo, la corriente de la persona regenerada es dirigida de lo alto. Él tiene sus ojos en el cielo y sus oídos en sintonía con el Rey del Cielo. La persona no regenerada está atada a esta tierra. Su oído es sordo a cualquier palabra del cielo; sus ojos son ciegos de la gloria de lo alto. Él vive como un cadáver andante en un cementerio espiritual.

La corriente de este mundo esta desviada del camino de Dios (Romanos 3:12). Por el contrario, él sigue una senda que es “conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia...” (Efesios 2:2). Los muertos espiritualmente tienen un maestro. Su maestro coloca una senda para ellos, la cual siguen voluntariamente y aún con anhelo. Este maestro es llamado el “príncipe de la potestad del aire”. Este apodo de realeza puede referirse únicamente a Satanás, el arquitecto principal de todas las cosas diabólicas. Pablo le llama “el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”. Satanás es un espíritu malo, un ángel caído y corrupto quien ejerce influencia y autoridad sobre su horda de cautivos.

Pablo coloca delante un principio de vida. Nosotros andamos conforme al Espíritu Santo ó andamos conforme al espíritu de maldad. Agustín en una ocasión comparó al hombre a un caballo quien era montado por Satanás ó por el Espíritu Santo. Pablo continúa su vívida descripción del anterior estilo de vida no regenerado, de la persona regenerada. "Entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos" (2:3).

La atención ahora se traslada de la corriente externa y la influencia externa de Satanás al estado interior de la persona no regenerada. De nuevo vemos está como una condición universal: “Entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo...”. La palabra clave para describir está previa condición interna es la palabra carne. Aquí Pablo hace un eco del lenguaje que Jesús usó con Nicodemo.

La palabra carne aquí no debe ser entendida como un sinónimo para “cuerpo físico”. Nuestros cuerpos en sí no son malos, pues Dios nos hizo seres físicos y vino a ser un ser humano en sí mismo. La carne se refiere a la naturaleza pecaminosa, el carácter totalmente caído del hombre.

Antes de la regeneración vivíamos solamente en la carne y para la carne. Por lo cual nuestra conducta seguía los deseos de la carne. Esto no se refiere exclusivamente a los apetitos físicos ó sexuales sino al patrón de todos los deseos pecaminosos. Pablo finaliza este dictamen universal de nuestro estilo caído al añadir: “Y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (2:3). Cuando Pablo habla de “por naturaleza”, él indica el estado en el cual entramos a este mundo. El nacimiento biológico es un nacimiento natural.

La regeneración es un nacimiento sobrenatural. Los hombres no fueron originalmente creados como hijos de ira. La naturaleza original no era caída. Sin embargo, desde la caída de Adán y Eva siempre la palabra natural señala a nuestro estado de pecaminosidad innato.

Cada niño quien entra en este mundo entra en un estado corrupto. David declaró, “He aquí, en maldad he sido formado, Y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). Todos nosotros nacemos espiritualmente muertos. Nacemos muertos en delitos y pecados. En teología llamamos a esta inherente condición pecaminosa, pecado original. El pecado original no se refiere al primer pecado de Adán y Eva; sino se refiere a las consecuencias del primer pecado, la transmisión de una naturaleza corrompida a toda la raza humana.

Nosotros somos por naturaleza “hijos de ira.” ¡Cuán diferente suena esto de la noción sociablemente aceptable de que todos somos naturalmente hijos de Dios! Esta idea errónea no es solo antigua sino también común. Esta es una falsedad que gana credibilidad por su frecuente repetición. Si tu repites una mentira lo suficiente, la gente llegará a creerla.

La mentira de decir que nosotros somos por naturaleza hijos de Dios, fue la mentira que angustió a Jesús. Él fue obligado a combatirla y refutarla en su debate con los Fariseos. Los Fariseos se molestaron por el juicio de Jesús y dijeron, "Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios. Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer... El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios" (Juan 8:41-47).

Aunque la Biblia reconoce que Dios es el Padre de todos los hombres en el sentido de ser el Creador de todos los hombres, hay un sentido especial en el cual la Paternidad de Dios es definida no en términos de biología sino en términos de ética. La obediencia

es la palabra operativa. Desde el punto de vista bíblico, nuestro padre es a quien nosotros obedecemos. La relación no está establecida por lazos biológicos sino por la obediencia voluntaria. Es porque los Fariseos obedecían a Satanás en lugar de a Dios, que Jesús dijo de ellos, "vosotros sois de vuestro padre el diablo" (Juan 8:44).

En Efesios 2 Pablo habla tanto de "hijos de ira" (v.3) como de "hijos de desobediencia" (v.2). Estas frases nos describen a todos nosotros en nuestro estado natural no regenerado. Cuando Pablo completa su descripción de nuestro estado no regenerado, el se dirige abruptamente y gloriosamente a una doxología que alaba a Dios por Su misericordia. La palabra de transición es una sencilla palabra sobre la cual dependen nuestros destinos eternos. Esta es quizás la más gloriosa palabra en la Escritura, la simple palabra que cristaliza la esencia del evangelio. Esta es la palabra "pero". Esta pequeña conjunción cambia el ánimo del pasaje entero. Esta es la conexión entre lo natural y sobrenatural, entre degeneración y regeneración.

"Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos),y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Efesios 2:4-10).

LA INICIATIVA DIVINA

La regeneración es la obra soberana de Dios el Espíritu Santo. La iniciativa es de Él no de nosotros mismos. Notamos que el énfasis de Pablo recae en la obra de Dios, no sobre los esfuerzos del hombre: "Pero Dios, que es rico en misericordia,...". Nosotros observamos que el apóstol no escribe: Pero el hombre, por su bondad, se inclina a sí mismo hacia Dios y se levanta a sí mismo en un nuevo nivel espiritual. Uno de los más dramáticos momentos en mi vida que moldeó mi teología tomó lugar en un salón del seminario.

Uno de mis profesores fue al pizarrón y escribió estas palabras en letras mayúsculas: LA REGENERACIÓN PRECEDE A LA FE. Estas palabras fueron una sacudida a mi sistema. Había entrado al seminario creyendo que la obra clave del hombre para efectuar el nuevo nacimiento era la fe. Yo pensé que lo primero era tener fe en Cristo para entonces nacer de nuevo. Usé las palabras en este orden por una razón. Estaba pensando en términos de pasos que debería tomar en una cierta secuencia para arribar a un destino. Yo colocaba la fe en el principio de la secuencia. El orden se miraba algo semejante a esto: Fe- Nuevo Nacimiento-Justificación

En este esquema de las cosas la iniciativa recae sobre nosotros. Estaba seguro, que Dios había mandado a Jesús a morir en la cruz mucho antes que hubiera escuchado el

evangelio. Aunque Dios había hecho estas cosas externas para mí, pensaba que la iniciativa para apropiarme de la salvación era mi trabajo.

No había pensado en este tema detalladamente. Ni había escuchado cuidadosamente las palabras de Jesús a Nicodemo. Asumía que aún que era un pecador, una persona nacida de la carne y viviendo en la carne, tenía una pequeña isla de justicia, un pequeño depósito de poder espiritual que me capacitaría para responder al evangelio por mí mismo.

Quizás había sido confundido por la enseñanza tradicional de la iglesia Católica Romana. Roma, y muchas otras ramas de la cristiandad, han enseñado que la regeneración es por gracia; esta no puede suceder aparte de la ayuda de Dios. Ningún hombre tiene el poder para levantarse a sí mismo de la muerte espiritual. La Divina asistencia es necesaria y absolutamente necesaria. Esta gracia, de acuerdo a Roma, viene en la forma que ellos llaman gracia precedente. Precedente, significa que esta viene antes de cualquier cosa. Roma añade que el requerimiento de esta gracia precedente es que necesitamos “cooperar con ella y confirmarla”. Antes de que esta pueda tomar posesión en nuestros corazones.

Este concepto de cooperación es una de las mejores medias-verdades. Es cierto también que la fe que ejercemos en nuestra fe. Dios no va a creer en Cristo por nosotros. Cuando respondo a Cristo, está es mi respuesta, mi fe, mi confianza que está siendo ejercida. Este tema, sin embargo, es mucho más profundo. La pregunta todavía permanece: ¿Coopero con la gracia de Dios antes de nacer de nuevo, ó la cooperación ocurre después de que yo nazco de nuevo? Otra forma de hacer esta pregunta es examinar si ¿la regeneración es monergista ó sinergista? ¿Es esta operativa ó cooperativa? ¿Esta es capaz ó dependiente? Algunas de estas palabras son términos teológicos que requieren mayor explicación.

MONERGISMO Y SINERGISMO

Una obra monergista es una obra producida únicamente por una persona. El prefijo mono significa uno. La palabra erg se refiere a la unidad de trabajo. Palabras como energía son construidas sobre la base de esta raíz. Una obra sinergista es aquella en la que esta envuelta la cooperación entre dos o más personas o cosas. El prefijo sin significa “junto con”

Hago esta distinción por una razón. Porque es justo decir que todo el debate entre Roma y Martín Lutero descansa sobre este singular punto. El tema era este: ¿Es la regeneración una obra monergista de Dios, ó es esta una obra sinergista que requiere la cooperación entre Dios y el hombre?

Cuando mi profesor escribió, “La regeneración precede a la fe” sobre la pizarra, él estaba claramente del lado de la respuesta monergista. Es cierto que después de que una persona es regenerada, esta persona coopera al ejercer fe y confianza. Sin embargo el primer paso, el paso de la regeneración por el cual una persona es

vivificada a la vida espiritual, es la obra de Dios y sólo Dios. La iniciativa es de Dios no de nosotros.

La razón por la cual no cooperamos con la gracia regenerante antes de que esta actúe sobre nosotros y en nosotros es porque no podemos. No podemos porque estamos espiritualmente, muertos. No podemos asistir al Espíritu Santo en la vivificación de nuestras almas a la vida espiritual mas de lo que Lázaro pudo ayudar a Jesús al levantarlo de la muerte.

Es verdaderamente probable que la mayoría de los Cristianos profesante en el mundo actual crean que el orden de nuestra salvación es este: La Fe precede a la regeneración. Nosotros somos exhortados a elegir nacer de nuevo. Pero decirle a un hombre que nazca de nuevo es semejante a exhortar a un cadáver a elegir la resurrección. La exhortación cae sobre oídos sordos.

Cuando comencé a luchar con el argumento de mi profesor, me maravillé al descubrir que su enseñanza que sonaba extraña no era una innovación reciente en la teología. Encontré la misma enseñanza en Agustín, Martín Lutero, Juan Calvino, Jonathan Edwards y George Whitfield. Estaba atónito de encontrarla aún en la teología del gran católico medieval, Tomás de Aquino. El que estos gigantes de la historia del cristianismo llegaron a la misma conclusión sobre este punto hizo un tremendo impacto sobre mí. Yo reconocía que ellos ya sea individualmente ó colectivamente no eran infalibles. Cada uno y todos ellos podrían estar equivocados. Pero estaba impresionado. Y estaba especialmente impresionado por Tomás de Aquino.

Tomás de Aquino es considerado como el Doctor Angelicus de la iglesia Católica Romana. Por siglos su enseñanza teológica fue aceptada como un dogma oficial por la mayoría de los católicos. Él era la última persona en la que esperaba encontrar tal visión de la regeneración. Aunque Aquino insistía que la gracia regenerante es una gracia operativa, no una gracia cooperativa. Aquino hablaba de gracia precedente, sin embargo él hablaba de la gracia que viene antes de la fe, la cual es la gracia de la regeneración.

La frase clave en la carta de Pablo a los Efesios sobre este punto es este: "Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos),." (Efesios 2:5). Aquí Pablo coloca el tiempo cuando la regeneración ocurre. Esta toma lugar cuando nosotros estamos muertos. Con este rayo de revelación apostólica todo intento por otorgar la iniciativa de la regeneración al hombre es destruido profunda y completamente. De nuevo, hombres muertos no pueden cooperar con gracia. Los espiritualmente muertos no toman la iniciativa. A menos que la regeneración tome lugar primero, no hay posibilidades de fe.

Lo que estamos diciendo no es diferente de lo que Jesús le dijo a Nicodemo. A menos que un hombre nazca de nuevo primero, él no está posibilitado para ver ó entrar en el reino de Dios. Si nosotros creemos que la fe precede a la regeneración, entonces nosotros colocamos nuestro pensamiento y por lo tanto nosotros mismos en

oposición directa no sólo de Agustín, Aquino, Lutero, Calvino, Edwards, y otros, sino también permanecemos opuestos a la enseñanza de Pablo y de nuestro Señor mismo.

LA REGENERACIÓN ES EFICAZ

Dentro de las formas de teología arminiana hay aquellos que están de acuerdo que la regeneración precede a la fe sin embargo insisten que esta no siempre ó necesariamente produce fe. Este punto de vista esta de acuerdo que la iniciativa es de Dios; es por gracia, y que la regeneración es monergista. Esta idea es usualmente se encuentra unida a algún tipo de vista de regeneración universal.

Esta idea es ligada a la cruz. Arguyendo algunos que uno de los beneficios universales de la expiación de Cristo es que toda la gente es regenerada a tal punto que la fe es ahora posible. La cruz rescata a todos los hombres de la muerte espiritual y ahora nosotros tenemos el poder para cooperar ó no cooperar con la oferta de la gracia salvadora. Aquellos quienes cooperan por ejercer fe son justificados. Aquellos quienes no ejercen fe son nacidos de nuevo pero no son convertidos. Ellos están espiritualmente vivificados y espiritualmente vivos pero permanecen en incredulidad. Ahora ellos están capacitados para ver el reino de Dios y tener el poder moral para entrar al reino, pero ellos escogen no hacerlo. Llamo a este punto de vista gracia ineficaz o dependiente. Esto está cerca de lo que Tomas de Aquino rechazó como gracia cooperativa.

Cuando yo mantengo que la regeneración es eficaz, quiero decir que esta cumple su meta deseada. Esta es eficaz. Esta cumple su trabajo. Nos hace vivir en la fe. El don de la fe es verdaderamente dado y toma raíces en nuestros corazones. Algunas veces la frase llamado eficaz es usada como un sinónimo para regeneración. La palabra llamado se refiere a algo que sucede dentro de nosotros, para distinguirlo de algo que ocurre fuera de nosotros.

Cuando el evangelio es predicado audiblemente, sonidos son emitidos de la boca del predicador. Hay un llamado externo a la fe y al arrepentimiento. Cualquiera quien no es sordo es capaz de escuchar las palabras con sus oídos. Estas palabras llegan a los nervios del auditorio de los regenerados e irregenerados igualmente.

Los irregenerados experimentan el llamado externo del evangelio. Este llamado externo no efectúa la salvación a menos que el llamado sea escuchado y abrazado en fe. El llamado eficaz se refiere a la obra del Espíritu Santo en la regeneración. Aquí el llamado es interno. Los regenerados son llamados interiormente. Cada cual que recibe el llamado interno de la regeneración responde en fe. Pablo dice esto: "Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó".

Este pasaje en Romanos es elíptico. Esto es, que requiere que nosotros suplamos una palabra que esta asumida por el texto pero que no está explícitamente declarada. La gran pregunta es, ¿Cuál palabra debemos suplir-algunos ó todos? Vamos a probar con

algunos: Y algunos que predestinó, a estos también llamó, a algunos que él llamó, a estos también justifico; y a algunos que él justifico; a estos también glorificó.

El añadir la palabra algunos aquí es torturar el texto. Esto podría significar que algunos de los que él predestino nunca escucharán el llamado del evangelio. Algunos quienes son llamados nunca vendrán a la fe y la justificación. A algunos que él justificó no llegarán a ser glorificados. En este esquema no únicamente el llamado podría ser ineficaz sino también la predestinación ó la justificación no podría ser eficaz.

La implicación de este texto es que todos aquellos quienes son predestinados son de igual manera llamados. Todos aquellos quienes son llamados son justificados, y todos aquellos quienes son justificados son glorificados. Si este es el caso, entonces debemos distinguir entre el llamado externo del evangelio, el cual puede ó no puede ser atendido, y el llamamiento interno del Espíritu, el cual es necesariamente eficaz. ¿Por qué? Si todos los llamados son justificados, entonces todos los llamados deben ejercer fe. Obviamente no todo el que escucha el llamado externo del evangelio viene a la fe y a la justificación. Pero todos aquellos quienes son eficazmente llamados vienen a la fe y a la justificación. Aquí el llamado se refiere a la obra interna del Espíritu Santo que esta unido a la regeneración.

Aquellos a quienes el Espíritu Santo hace vivificar todos ciertamente vuelven a la vida. Ellos ven el reino; ellos abrazan el reino; ellos entran al reino.

Es al Espíritu Santo de Dios a quien nosotros somos deudores por la gracia de la regeneración y la fe. Él es el Don-dador, quien mientras estábamos muertos no hizo vivir juntamente con Cristo, para Cristo y en Cristo. Esto porque gracias al acto misericordioso del Espíritu Santo de vivificarnos que nosotros cantamos sola gratia y soli Deo gloria- sólo a Dios sea la gloria.

Autor: Dr. R. C. Sproul, teólogo, ministro, maestro, es el presidente de la la mesa de Ligonier Ministries. Este artículo fue tomado del libro del Dr. Sproul, El Misterio del Espíritu Santo (Tyndale House, 1979).

El Orden de la Creación

por R. C. Sproul

En la creación del mundo, Dios creó al hombre a su imagen. El término “hombre” es utilizado con un sentido genérico, ya que podemos ver que el hombre fue creado varón y hembra. En el orden de la Creación, el dominio sobre la tierra fue dado al hombre. En este aspecto, Adán y Eva servían como vice-regentes de Dios. Eva formó parte de este dominio; si consideramos que el dominio que tenía Adán era como una especie de reinado sobre la creación, Eva sería su reina. No obstante, está claro desde

el punto de vista de la Creación que Eva ocupaba un puesto subordinado respecto a Adán. Desempeñaba el papel de “ayudante”.

El movimiento feminista ha puesto en relieve varios asuntos relacionados a este orden de la Creación. Por ejemplo, los pasajes del Nuevo Testamento que habla sobre la sumisión de las esposas a sus esposos y que sólo los hombres podían hablar en la iglesia han levantado enérgicas protestas y se le ha acusado a Pablo de ser un machista del siglo I a la vez que otros han intentado ponerlo en un contexto histórico y relativizar estas reglas con el argumento de que solamente eran costumbres culturales pertinentes al siglo I, pero no al mundo moderno. También se ha sostenido que el principio de la sumisión es una ofensa para las mujeres, robándoles su dignidad y relegándoles a un nivel de individuos inferiores.

Respecto a este último punto, la suposición errónea que se hace es que subordinación significa inferioridad o que la subordinación destruye la igualdad en cuanto a dignidad, inteligencia y valor. Lamentablemente, el machismo muchas veces ha sido impulsado por esta idea equivocada; con hombres que suponen que la razón por la cual Dios mandó a las mujeres a someterse a los maridos fue porque las mujeres fueran inferiores.

Desde el punto de vista de nuestro entendimiento de las personas de la Divinidad podemos ver que esta deducción es completamente falsa. Cuando hablamos de la redención, el Hijo se somete al Padre y el Espíritu Santo se somete al Padre y al Hijo.

Esto no significa que el Hijo es inferior al Padre, ni que el Espíritu Santo es inferior al Padre y al Hijo. Nuestro entendimiento de la Trinidad es que las tres personas de la Divinidad son iguales en existencia, valor y gloria. Son co-eternos y co-existentes.

De la misma manera, en una jerarquía organizada no pensamos que sólo porque el vicepresidente es subordinado al presidente, el vicepresidente es inferior al presidente como persona. Es obvio que subordinación no se traduce por inferioridad.

La cuestión de que si la sumisión de las esposas a sus esposos en el matrimonio y las mujeres a los hombres en la iglesia es una mera costumbre cultural de los tiempos antiguos es una cuestión ardiente. Si de verdad estos asuntos fueran establecidos como costumbres culturales y no como principios vinculantes sería una injusticia aplicarlos a sociedades donde no pertenecen. Por otro lado, si fueron dados como principios transculturales por un mandato divino y los tratamos como meras convenciones culturales sería ofender al Espíritu Santo y rebelarnos contra Dios mismo.

En otras palabras, si los pasajes bíblicos sólo reflejan el machismo del primer siglo rabínico judío, no merecen nuestra aceptación. Sin embargo, si Pablo lo escribió inspirado por el Espíritu Santo, y si el Nuevo Testamento es Palabra de Dios, entonces la acusación de machismo debe ser aplicado no sólo a Pablo sino también al Espíritu Santo mismo – una acusación que no se podría pasar por alto impunemente.

Si estamos convencidos de que la Biblia es Palabra de Dios y sus mandatos son mandatos de Dios, ¿cómo podemos discernir entre costumbres y principios?

He escrito sobre este asunto de la cultura y la Biblia en mi libro *Conociendo las Escrituras (Knowing Scripture)*. En él menciono que a menos que llegamos a la conclusión de que toda la Escritura son principios y por tanto válidos para todas las personas en todos los tiempos y lugares, o que la Escritura es una simple colección de costumbres locales condicionadas por la cultura sin ninguna relevancia o aplicación

necesaria más allá de su contexto histórico inmediato estamos obligados a descubrir algunas pautas para discernir las diferencias entre principio y costumbre.

Para ilustrar este problema vamos a ver lo que pasa si mantenemos que todo en la Escritura es principio. Si esto fuera el caso tendríamos que hacer cambios radicales en el evangelismo. Jesucristo mandó sus discípulos “No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado...” (Lucas 10:4^a). Si hacemos de este texto un principio transcultural tendríamos que evangelizar descalzos.

Está claro que hay cuestiones bíblicas que refleja una costumbre histórica. No se nos exige llevar el mismo tipo de ropa que llevaron las personas bíblicas, o pagar nuestro diezmo en shekel o denarios. Cosas como ropa o dinero están sujetas a cambios.

Una de las consideraciones más importantes a la hora de determinar la cuestión de principio o costumbre es si el asunto en cuestión incluye una ordenanza de la creación. Las ordenanzas de la creación se pueden distinguir tanto de leyes del antiguo pacto como mandatos del nuevo pacto. La primera consideración está relacionada con las partes de los diferentes pactos. En el Nuevo Testamento, el pacto está hecho para creyentes cristianos. Por ejemplo, los creyentes deben celebrar la Cena del Señor. Sin embargo, este mandato no se extiende a los no creyentes, que por el contrario se les advierte no participar en este sacramento. De la misma manera existen leyes en el Antiguo Testamento que sólo era de aplicación para los judíos.

Pero nos preguntamos quienes son las partes del pacto de la Creación. En la Creación, Dios hace un pacto no solamente con los judíos o con los cristianos, sino con toda la humanidad. Mientras existan seres humanos en la relación pactada con el Creador, las leyes de la Creación permanecen intactas. Están reafirmadas tanto en el antiguo pacto como en el nuevo.

Si algo trasciende una costumbre cultural, es una ordenanza de la creación. Por tanto, es algo muy peligroso tratar el asunto de la subordinación en el matrimonio y en la iglesia como meros costumbres locales cuando queda claro que los mandatos del Nuevo Testamento para estas cuestiones se apoyan en el llamado apostólico de la Creación. Estos llamados indican claramente que estos mandatos no pretendían ser considerados como costumbres locales. El hecho de que la iglesia moderna muchas veces trata normas divinas como simples costumbres refleja no tanto el condicionamiento cultural de la Biblia como el condicionamiento cultural de la iglesia moderna. Este es un caso en que la iglesia capitula ante la cultura local en vez de obedecer la ley trascendental de Dios.

Si uno estudia una cuestión como esta con cuidado y es capaz de discernir si una cuestión es un principio o una costumbre, ¿qué debería hacer esta persona?

Aquí entra en juego un principio de humildad, un principio establecido en el axioma del Nuevo Testamento de que lo que no viene de la fe es pecado. ¿Se acuerda del antiguo dicho “Si tienes dudas, no lo hagas”? Si somos demasiado escrupulosos y consideramos una costumbre como un principio no somos culpables de pecado – no hay pena si no hay delito. Por el otro lado, si tratamos un principio como si fuera una costumbre que se puede dejar a un lado seríamos culpables de desobediencia hacia Dios.

Las ordenanzas de la Creación pueden modificarse, tal como se hizo con las leyes mosaicas respecto al divorcio, pero el principio aquí es que las ordenanzas de la

Creación son normativas a menos que o hasta que sean modificadas explícitamente por revelación bíblica posteriormente.

Ordeñando al Carnero

por R. C. Sproul

De entre todas las formas de legalismo, ninguna es más mortal que aquella que reemplaza la fe con trabajos o gracia con mérito como base de justificación.

La Reforma del siglo dieciséis fue una batalla a muerte respecto a este tema. Fue una lucha para el verdadero Evangelio, el cuál había sido eclipsado durante la iglesia medieval. Sin embargo, la erosión de la doctrina de justificación por fe solamente, no comenzó en la Edad Media. Tenia sus raíces en la era del Nuevo Testamento con la aparición de la "Herejía de los Galatos".

De entre todas las formas de legalismo, ninguna es más mortal que aquella que reemplaza la fe con trabajos o gracia con mérito como base de justificación.

La Reforma del siglo dieciséis fue una batalla a muerte respecto a este tema. Fue una lucha para el verdadero Evangelio, el cuál había sido eclipsado durante la iglesia medieval. Sin embargo, la erosión de la doctrina de justificación por fe solamente, no comenzó en la Edad Media. Tenia sus raíces en la era del Nuevo Testamento con la aparición de la "Herejía de los Galatos".

Los agitadores Galatos, quienes buscaban subestimar la autoridad del apóstol Pedro, argumentaban por un evangelio que requería de trabajos legales no meramente como evidencia de la justificación sino como prerrequisitos para ella. El neo-nomianismo, o "nuevo legalismo" fue una contradicción directa contra las enseñanzas de Pablo a los romanos: "Ahora sabemos que cualquier cosa que diga la ley, lo dice a aquellos que se encuentra bajo la ley, que toda boca debe ser detenida y que todo el mundo puede tornarse culpable frente a Dios. Por lo tanto, por los hechos de la ley, ninguna carne será justificada frente a Su Visa, ya que la ley es el conocimiento del pecado." (3:19–20.) Los denominados Judaicos de Galatea buscaban agregar trabajos a la fe como base necesaria para la justificación. Al hacerlo, corrompían el Evangelio de gracia libre por la cual nosotros estamos justificados solamente por la fe. Esta distorsión provocó en Pablo su más vehemente repudio respecto a cualquiera de las herejías que jamás hubiere combatido. Después de haber afirmado que no había ningún otro evangelio que aquél que él proclamaba y de haber declarado abominable a aquellos que buscaban "cualquier otro evangelio" (Gal. 1), luego corrigió a los Galatos:

"¡OH sonsos Galatos! ¿Quién los ha embrujado para que obedezcan la verdad, ante cuyos ojos Jesucristo fue claramente identificado entre Uds. como crucificado? Esto es lo único que deseo aprender de Uds.: ¿Han recibido al Espíritu por las obras de la ley,

o por medio de la fe?... Pero que a nadie se le justifica por la ley a los ojos de Dios es evidente, ya que “los justos vivirán por fe” (Gal. 3:1–2, 11.)

Al principio de la epístola, Pablo expresó su sorpresa ante la rapidez con que los Galatos se habían separado del verdadero Evangelio y habían aceptado un evangelio “diferente” que no era evangelio en lo absoluto. Sin embargo, la voz seductiva del legalismo ha sido poderosa desde el principio. Planes de corrección de obras han suplantado al Evangelio en cada era de la historia de la iglesia. Pensamos en Pelagianismo en el siglo cuarto, en Socinianismo en el siglo dieciséis, y en Liberalismo y Finalismo en el siglo diecinueve, tan solo para nombrar algunos, Pero ninguno de estos movimientos ha sido tan complejo y sistemático en su abarcamiento del punto de justificación legalista como lo ha sido la Iglesia Católica Romana, agregando obras a la fe y mérito a la gracia como prerequisites para la justificación, ha reavivado las llamas de la herejía Galata.

A pesar que Roma, contra el puro Pelagianismo, insiste que la gracia es necesaria para la justificación, niega que la gracia sola justifique. Aunque enseña que la fe es necesario como la iniciación, el fundamento, y la raíz de la justificación, niega que estemos justificados solo por la fe. Agrega obras de fe como un requisito para la justificación. Para que Dios nos declare justos, debemos ser inherentemente justos, conforme a Roma.

Roma agrega mérito a la gracia de dos formas distintas. En primer lugar, existe un “mérito congruente” (*meritum de congruo*), mérito que una persona adquiere desempeñando obras de satisfacción dentro del contexto del sacramento de la penitencia. Estas obras, hechas con la ayuda de la gracia, hacen que sea “congruente” o “adecuado” para Dios justificar a dicha persona.

En segundo lugar, existen las obras de que están más allá de todos los esfuerzos posibles. Estas obras se encuentran por encima y más allá de todos los esfuerzos posibles, de este modo, ceden mérito en exceso. Roma dice que cuando los santos logran mayor mérito que el que necesitan para entrar el cielo, el exceso de deposita en el “Tesoro del Mérito.” Roma lo denomina “bienes espirituales de la comunión de los santos.”

A partir de este tesoro, la iglesia puede dispensar mérito a aquellos que carecen de él en cantidad suficiente. Esto se realiza mediante “indulgencias.” El Catecismo de la Iglesia Católica define la indulgencia de la siguiente manera: “Una remisión ante Dios del castigo temporal debido a pecados cuya culpa ya ha sido perdonada, que el cristiano fiel quien debidamente dispone de ganancias conforme a determinadas condiciones prescriptas a través de la acción de la iglesia – que, como ministro de redención, dispensa y aplica con autoridad el tesoro de las satisfacciones de Cristo y de los santos.”

Durante la Reforma, creció una gran controversia alrededor de las indulgencias. Los Reformistas insistían que la única persona cuyas obras tuvieron verdadero mérito

ante Dios fue Cristo. Es por Sus obras y Su mérito solamente que podemos ser justificados. El valor del mérito de Cristo no puede ser aumentado ni disminuido por las obras de otros. Sin embargo, en el sistema romano, nuestras obras no solamente avalan nuestra propia justificación, sino que son suficientemente buenas, pueden ayudar a los que están en el purgatorio que carecen de mérito suficiente para entrar al cielo.

Martín Luther declaró que el punto de vista del mérito de Roma no era más que vanos productos de su imaginación y especulaciones de sueño acerca de cosas sin valor. Argumentaba que cualquier punto de vista que incluyera nuestras obras en nuestra justificación no constituía blasfemia ni eran ridículos.

Dijo: “Buscar ser justificados por la Ley es como si un hombre, ya enfermo y débil, fuera en busca de algún gran demonio por medio del cual tuviera la esperanza de curarse, mientras que le traería la ruina completa como si un hombre afectado con epilepsia agregara la pestilencia a la misma...He aquí como lo expone el proverbio, uno ordeña al carnero mientras que el otro sostiene un cedazo por debajo.” El proverbio de Luther declara una insensatez doble. Intentar ordeñar a un carnero es lo suficientemente sonso. Pero traer un cedazo para atraparlo es meramente una composición de insensatez. Del mismo modo, intentar ser justificado por cualquier forma de legalismo es tan sonso como intentar ordeñar leche de un carnero – pero con más severas consecuencias.

La gran tragedia de nuestros días no yace tan solo en que el Catolicismo Romano ni en otras religiones, tales como el islamismo, codifican obras como una base necesaria para la justificación. En términos prácticos, temo que la gran mayoría de los protestantes también dejen sus esperanzas en sus propias obras. Hasta que desesperemos para buscar nuestra justificación por las obras, no habremos entendido el Evangelio.

Por qué Dios se hizo hombre

por R. C. Sproul

En el siglo XI uno de los pensadores más brillantes de la Iglesia, Anselmo, arzobispo de Canterbury, escribió tres obras importantes que han influido en la Iglesia desde entonces. En el campo de la filosofía cristiana, nos ofreció su *Monologium* y su *Proslogium*; en el campo de la teología sistemática, escribió el gran clásico cristiano *Cur Deus Homo*, cuya traducción significa “Por qué Dios se hizo hombre?”

En esta obra, Anselmo establece los fundamentos filosóficos y teológicos para un aspecto importante en el entendimiento de la Iglesia de la expiación de Cristo, concretamente la visión de satisfacción de la expiación. Aquí Anselmo sostiene que la expiación resulta necesaria para satisfacer la justicia de Dios. Esta opinión se convirtió en el eje de la ortodoxia cristiana clásica de la Edad Media en cuanto al entendimiento

de la Iglesia sobre la labor de Cristo en Su expiación. No obstante, desde entonces la visión de la satisfacción de la expiación ha tenido sus críticos.

En la Edad Media se formularon preguntas sobre la conveniencia de creer que la expiación de Jesús se creó necesariamente por alguna ley abstracta del universo que exigía que la justicia de Dios se llevara a cabo. Lo que dio lugar al llamado debate Ex Lex. En este debate, se formuló la pregunta de si la voluntad de Dios funcionaba aparte o fuera de cualquier ley (ex lex), o si estaba sujeta a alguna norma de rectitud o ley cósmica que exigía que Dios la cumpliera y por tanto, Su voluntad se ejercía ante la ley (sub lego). La pregunta era: ¿Dios se encuentra fuera o ante la ley?

La respuesta de la Iglesia a este dilema consistió en situarlo básicamente “en ambos lados” y declarar que Dios no se encuentra ni fuera ni ante la ley, mas bien en las dos partes en cuanto a que Él es libre de cualquier restricción impuesta sobre Él por alguna ley del exterior. En ese sentido, se encuentra aparte de la ley y no ante ella. Al mismo tiempo, Dios no es arbitrario o caprichoso y actúa de acuerdo a la ley de Su propia naturaleza. La Iglesia constató que Dios forma una ley por sí mismo. Lo que refleja no un espíritu sin ley dentro de Dios, sino que la norma de su comportamiento y su voluntad se basan en lo que los teólogos ortodoxos del siglo XVII llamaban “la ley natural de Dios”.

La ley natural de Dios, como expresión teológica, se puede malinterpretar o confundir fácilmente con un concepto más amplio presente en la teoría política y en la teología de la llamada “ley natural” (lex naturalis). En ese sentido, hace referencia a aquellas cosas que Dios revela en el mundo de la naturaleza relacionadas con algunos principios éticos. En contraste con este uso común, la Confesión de Westminster del s. XVII veía la ley natural de Dios de la siguiente manera: Dios se rige de acuerdo a la ley de Su propia naturaleza. Lo que es lo mismo, la actuación de Dios nunca contradiría Su propia santidad, rectitud, justicia, omnipotencia, etc. Él nunca pondría en compromiso la perfección de Su propio ser o el carácter de su actuación.

Cuando la Iglesia confiesa la necesidad de satisfacción de la rectitud de Dios, dicha necesidad no se impone a Dios desde fuera, si no por Su propio carácter y naturaleza. Dios necesita ser Dios, nunca comprometer Su propia santidad, rectitud o justicia. En ese sentido se considera necesaria una expiación que satisfaga Su rectitud.

Recientemente los pensadores modernos se han opuesto a la visión de satisfacción de la expiación basándose en que ensombrece la propia gracia y amor de Dios. Si Él es amor, ¿por qué no puede solo perdonar a las personas gratuitamente por la pura motivación de Su propio amor y gracia sin preocuparse de satisfacer algún tipo de justicia, si se trata de una ley de Su propia naturaleza u otra que él impone? Una vez más, esta visión de la expiación no tiene éxito para entender que Dios nunca negociará su propia rectitud incluso fuera de Su deseo de salvar a los pecadores.

En la expiación, se puede ver que Dios manifiesta tanto Su amor misericordioso hacia nosotros así como una dedicación a Su propia rectitud y justicia. La labor de Cristo sirve a la justicia que satisface los requerimientos de la rectitud divina y es ahí donde mantiene la dedicación divina a la rectitud y justicia. Dios satisface los requerimientos de Su rectitud ofreciéndonos un Sustituto que se ponga en nuestro lugar y que ofrezca esa satisfacción por nosotros. Esto muestra la gracia de Dios en medio de esa satisfacción. La gracia de Dios se pone de manifiesto con la satisfacción de Su justicia en cuanto que se realiza en nuestro lugar a través de Aquél que ha nombrado. Es la

naturaleza de Dios como Juez que el mundo haga lo correcto. Y el Juez que hace lo correcto, nunca transgrede los cánones de Su rectitud.

La Biblia explica la cruz en términos de propiciación y expiación, los cumplimientos de Cristo en nuestro lugar. La Propiciación hace referencia específicamente a la labor de Cristo de satisfacer la rectitud de Dios. Paga las consecuencias de nuestros pecados. Nosotros somos los deudores que posiblemente no pueden pagar la deuda moral a la que hemos incurrido con nuestra ofensa a la rectitud de Dios y la ira de Dios se satisface y propicia con el sacrificio perfecto que Cristo realiza en nuestro lugar. Pero eso es tan sólo un aspecto de esa labor. En el caso de la expiación, nuestros pecados se eliminan al transferirse o imputarse a Cristo, que sufre por nosotros. Dios es satisfecho y nuestro pecado eliminado con la expiación perfecta de Jesús. Lo que satisface el sentido dual del pecado expiado en el Antiguo Testamento del día de Expiación con el sacrificio de un animal y la transferencia simbólica de los pecados de las personas al chivo expiatorio que fue enviado al desierto eliminando así los pecados de esas personas.

¿Que Puede Importar?

por R. C. Sproul

Pocas doctrinas, si es que hay alguna, generan tanto debate y rencor entre los cristianos como la doctrina de la elección. Es una de esas doctrinas que divide a las personas de manera tan drástica que llegan a denominarla como tema de no tener fin, cuando se refieren a esta.

La elección es también una doctrina acerca de cuales pocos se muestran indiferentes. Las pasiones se hinchan de lado y lado de la línea divisoria. Quienes se oponen, la ven como algo que denigra la importancia de la libertad humana y arroja una sombra oscura sobre la bondad de Dios. Los que la aceptan aman la seguridad y el confort que les ofrece, así como el triunfo de la gracia divina que manifiesta.

Pero bueno, si es tan divisiva, ¿por qué molestarnos con ella? Como alguien que tiene pasión por la doctrina, a menudo me pregunto: "¿Qué puede importar?" Estoy seguro de que Martín Lutero se hizo la misma pregunta varias veces. Tal vez por eso manifestó que la doctrina de la elección era el "corazón de la iglesia." Es interesante el hecho que el cuerpo de Lutero apenas si estaba frío en la tumba cuando sus seguidores alteraron radicalmente, y suavizaron su opinión sobre las futuras generaciones de luteranos, creando así contienda en el corazón de su iglesia.

La elección importa en primer lugar, porque se refiere al acto de la verdad de Dios. Si la opinión agustiniana de la elección es la opinión bíblica, y si la Biblia es verdad, entonces, esa doctrina de la elección es la verdad de Dios y todos los que son "de la verdad" tienen el deber de aceptar y proclamarla. Por otra parte, si la opinión

agustiniana/reformada no es bíblica y/o no es cierta, distorsiona la verdad de Dios y debe ser repudiada y abandonada.

En segundo lugar, la doctrina de la elección está vinculada a la garantía de nuestra salvación y por ella a nuestra santificación. Cuando Pedro enunció las virtudes que marcan el progreso de nuestra santificación - una lista sorprendentemente similar a la de Pablo sobre los frutos del Espíritu - añadió:

"Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada, amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Por esto, yo no dejare de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente."(2 Pedro 1:10-12).

Este es un fuerte y sobrio llamado apostólico a la debida diligencia. Es diligencia con respecto a la elección. Cuando un cristiano comprende la elección, la acepta y adquiere la seguridad de contarse entre los elegidos, se aferra firmemente a la verdad de Dios - tan establecida en esta verdad que lo liberara de la propensión a caer. En la santidad, la confianza y el crecimiento espiritual, van de la mano.

Pedro refuerza este llamado más adelante, cuando declara que Dios no quiere que perezca ninguno (2 Pedro 3:9). "Ninguno" se refiere a la palabra "nosotros" como su antecedente, y el "nosotros", a su vez, a aquellos a quienes se les habla en las epístolas de Pedro, es decir, los elegidos. Este versículo, lejos de perturbar o refutar la elección como afirman los enemigos de la elección, en realidad la confirma.

En tercer lugar, la doctrina de la elección reafirma la plena soberanía de Dios y descarta cualquier noción humanística o pagana de que la soberanía de Dios se ve limitada por la libertad humana. Tal opinión blasfema, coloca la Biblia al revés y hace que el hombre sea soberano en lugar de Dios. El punto de vista bíblico es que la libertad humana es real en la medida que se da, pero siempre está limitada por la soberanía de Dios.

En cuarto lugar, la doctrina de la elección vuelve pedazos cualquier fundamento para el orgullo y mérito humano. En esta doctrina, la gracia de la gracia se manifiesta plenamente como la criatura que se da cuenta de que no tiene nada de que presumir, porque su salvación es un don de gracia, sin mezcla alguna de mérito humano o acción determinante.

Por último, debido a las razones anteriormente mencionadas y otras no exploradas aquí, la excelencia y majestad de Dios son tan exaltadas que la criatura, por medio del Espíritu Santo, despertara a la verdadera adoración. Ahora honramos a Dios como Dios y le declaramos nuestro mayor agradecimiento.

El Rey de Reyes

por R. C. Sproul

El evangelio de Lucas termina con una afirmación que llama la atención: “Después Jesús los llevó hasta las proximidades de Betania y, elevando sus manos, los bendijo. Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. Los discípulos, que se habían postrado ante Él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, y permanecían siempre en el Templo alabando a Dios.” (24:50-53)

Lo que llama la atención de este pasaje es que cuando Lucas describe la ida de Jesús al cielo, la respuesta de sus discípulos fue regresar a Jerusalén sintiendo un gran regocijo. Pareciera que la ida de Jesús inculcara en Sus discípulos un sentimiento de gran regocijo. Esto se hace aún más desconcertante cuando tomamos en cuenta los sentimientos expresados por los discípulos cuando Jesús les habló sobre Su próxima partida. En ese momento, la idea de que su Señor los dejara les provocó una sensación de profundo desconsuelo. Parecía que nada podía ser más deprimente que anticipar la separación que se daría de la presencia de Jesús. Sin embargo, en un tiempo muy corto, esa depresión se transformó en una felicidad indescriptible.

Tenemos que preguntarnos que es lo que provocó ese cambio tan radical en los sentimientos de los discípulos de Jesús. La respuesta a esta pregunta está clara en el Nuevo Testamento. Entre el tiempo en que Jesús anunciara su partida y el tiempo real de su partida, los discípulos comprendieron dos cosas: Primero, ellos entendieron el porque Jesús se iba. Luego, comprendieron a cual lugar Él iría. Jesús partiría no para dejarlos solos y sin esperanza, sino, para ascender al Cielo. El concepto del Nuevo Testamento en relación a la ascensión significa mucho más que irse a los cielos o incluso a la residencia celestial. En Su ascensión, Jesús iba a un lugar determinado por una razón específica. Él ascendía con el propósito de ser investido y coronado como “El Señor de señores.” El título que el Nuevo Testamento utiliza para denominar a Jesús en su condición de rey es “Rey de reyes”, como también “El Señor de señores”. Esta significativa estructura literaria quiere decir mucho más que el adoptar posición de autoridad que lo capacitaría a gobernar sobre reyes menos importantes. Esta es una estructura que indica la supremacía de Jesús en Su posición de grandiosidad monárquica. Él es Rey en el más amplio sentido del poder monárquico.

En términos bíblicos es impensable que exista un rey sin tener reino. Al ascender Jesús a Su coronación como rey, esa coronación trae también la designación dada por el Padre del reino sobre el cual Él manda. El reino es toda la creación.

En la teología moderna encontramos dos grandes errores en relación al concepto bíblico del reino de Dios. El primero es que el reino ya estaba totalmente establecido y que nada quedaba para ser manifestado en el reino de Cristo. Este punto de vista puede considerarse como una escatología generalizada (últimos acontecimientos). Con la creencia de la abundancia del reino, no habría necesidad de buscar nada más debido al triunfo de Cristo. El otro error es en el que cree una gran mayoría de los

cristianos: que el reino de Dios es algo totalmente futurista, o sea, no hay posibilidad de que el reino de Dios ya exista. Esta concepción toma una posición tan fuerte hacia la dimensión futura del reino de Dios, que incluso en algunos pasajes del Nuevo Testamento, como el de Mateo 5-6 (Bienaventuranzas), no tienen ninguna aplicación en la iglesia hoy en día, ya que pertenecen a una era futura del reino que aún no ha comenzado.

Los dos puntos de vista mencionados son contrarios a la enseñanza clara del Nuevo Testamento, que dice que el reino de Dios, efectivamente, ya ha comenzado. El Rey tiene su posición. Él ya ha recibido toda la potestad sobre los Cielos y la Tierra. Esto significa que nuestro Rey Jesús tiene la autoridad suprema sobre los reinos de la tierra y del universo mismo. No existe nada en este mundo, ningún reino o símbolo de poder que no esté bajo Su mandato y su poder. En las cartas de Pablo a los Filinenses, capítulo 2, en el himno a la kénosis del Creador, se menciona que el nombre de Jesús se le fue dado pues es el que está por encima de todos los otros nombres. El nombre que se le ha dado y que supera cualquier otro título que un hombre pueda recibir. Es el nombre reservado para Dios. Es el título de Dios: "Adonai", que significa que es "Él verdadero soberano." Se insiste así que este título implica la autoridad suprema del que es el Rey de toda la Tierra. La traducción que se hace en el Nuevo Testamento del Viejo Testamento del título: "Adonai", es la palabra "señor". Cuando Pablo dice que en el nombre de Jesús, cada rodilla debe doblarse y cada boca debe confesar, la razón para arrodillarse es la obediencia, y la de confesarse es declarar con sus labios que Jesús es Señor. Esto quiere decir que Él es amo soberano. Ésta fue la profesión de fe inicial de la primera iglesia.

Luego Roma, en su mal guiada tiranía pagana, trató de forzar un juramento al culto del emperador, en la que se obligaba a toda la gente a recitar la frase: kaisar kurios - "Cesar es el señor." Los cristianos respondieron mostrando toda la sumisión civil posible. Ellos pagaron los impuestos, honraron al rey, fueron ciudadanos ejemplares, pero no pudieron acoger la orden de proclamar a Cesar como su señor. Su respuesta a ese juramento de lealtad al culto del emperador, Kaiser kurios, fue tan profunda en sus ramificaciones como sencillo fue su mensaje, Jesus ho kurios Jesús es el Señor. La adoración de Jesús no es simplemente una esperanza que los cristianos comprenderán algún día. Es una verdad que ya existe. Es obligación de la iglesia hacer visible el Reino Invisible de Cristo. Aunque ese Reino es invisible es auténticamente real.

Traición Cósmica (mayo del 2008)

por R. C. Sproul

"La pecaminosidad del pecado" suena como una redundancia vacía que no añade nueva información al tema de debate. Sin embargo, la necesidad de hablar de la pecaminosidad del pecado se nos impone debido a una cultura e incluso a una iglesia que ha disminuido la importancia del pecado en sí mismo. El pecado se define en nuestros días en términos de cometer errores o hacer malas elecciones. Cuando hago

un examen o una prueba de escritura, si cometo una falta, fallo en una palabra en concreto. Una cosa es cometer una falta, otra muy distinta es mirar el examen de mi compañero y copiar sus respuestas para obtener una buena nota. En este caso, mi error ha ascendido a la categoría de transgresión moral. Aunque el pecado pueda estar implícito en el error cometido a consecuencia de haber sido perezoso al preparar el examen, la acción de hacer trampa lleva el acto a un nivel mucho más serio. Decir que “hacer malas elecciones” es pecado es verdad, pero también es un eufemismo que puede quitar importancia a la seriedad de la acción. La decisión de pecar es, ciertamente, una mala decisión pero de nuevo, es algo más que un simple error; es un acto de transgresión moral.

En mi libro *La Verdad de La Cruz* dediqué un capítulo entero a tratar este tema de la pecaminosidad del pecado. Empiezo el capítulo con la anécdota de mi total incredulidad al recibir una edición de las citas Bartlett's Familiar Quotations. Aunque me alegré de recibir este ejemplar gratuito, estaba perplejo pues no comprendía por qué alguien me lo habría querido enviar. Mientras ojeaba las páginas de citas que incluían frases de Immanuel Kant, Aristóteles, Tomás de Aquino y otros, me encontré para gran sorpresa, con una cita mía. Que se incluyera una cita mía en una colección con tantos pensadores importantes me sorprendió mucho. Estaba perplejo preguntándome qué podía haber dicho que mereciera ser incluido en esta antología, y la respuesta se encontraba en una sencilla frase que se me atribuía: “El pecado es traición cósmica”. Lo que quería decir con esa frase era que incluso el pecado más pequeño que una criatura comete contra su Creador, es un acto de violencia hacia la santidad del Creador, Su gloria y Su justicia. Cada pecado, por insignificante que parezca, es un acto de rebelión contra la soberanía de Dios quien reina y gobierna sobre nosotros y, como tal, es un acto de traición hacia el Rey cósmico.

La traición cósmica es una manera de explicar la noción de pecado, pero si examinamos las descripciones del pecado que hacen las Escrituras, vemos que hay tres que destacan sobre las demás. Primero, el pecado es una deuda; segundo, es una expresión de enemistad; tercero, se representa como un crimen. En el primer caso, nosotros, pecadores, somos descritos en las Escrituras como deudores que no pueden pagar sus deudas. En este sentido, no estamos hablando de deudas financieras, sino de una deuda moral. Dios tiene el derecho soberano de imponer obligaciones a Sus criaturas. Cuando no cumplimos dichas obligaciones, somos deudores hacia nuestro Señor. Esta deuda representa un fracaso por nuestra parte a la hora de cumplir con una obligación moral.

La segunda manera en que se describe bíblicamente el pecado es como una expresión de enemistad. En este sentido, el pecado no se restringe únicamente a una acción externa que transgrede una ley divina. Más bien, representa un motivo interno, un motivo originado por una hostilidad inherente del ser humano hacia el Dios del universo. En la iglesia o en el mundo rara vez se habla de que la descripción bíblica de la caída del ser humano incluye una acusación de que somos por naturaleza enemigos de Dios. En nuestra enemistad hacia Él, no queremos ni tenerlo en nuestros pensamientos, y esta actitud, es una muestra de hostilidad hacia el mismo hecho de

que Dios nos ordena que obedezcamos Su voluntad. Como consecuencia de este concepto de enemistad, en el Nuevo Testamento se describe muy a menudo nuestra redención en términos de reconciliación. Una de las condiciones necesarias para que exista reconciliación es que previamente haya habido una enemistad entre al menos dos partes. Esta enemistad se da por supuesta con la obra de redención de nuestro Mediador, Jesús Cristo, que supera esta dimensión de enemistad.

La tercera manera en que la Biblia habla del pecado es en términos de transgresión de la ley. El catecismo Westminster Shorter Catechism contesta a la decimocuarta pregunta “¿Qué es el pecado?, con la respuesta: “El pecado es cualquier forma de disconformidad o transgresión de la ley de Dios”. Aquí vemos que el pecado se describe como desobediencia, tanto pasiva como activa. Hablamos de pecados de comisión y de pecados de omisión. Cuando no cumplimos con lo que Dios exige de nosotros, podemos ver esta falta de conformidad con Su voluntad. Pero no somos culpables únicamente de no cumplir con lo que Dios exige de nosotros, sino que además hacemos de manera consciente aquello que Dios prohíbe. Por tanto, el pecado es una transgresión de la ley de Dios.

Cuando la gente viola las leyes de los hombres de un modo grave, hacemos referencia a sus acciones no como simples faltas sino en el análisis definitivo, como crímenes. De la misma manera, nuestros actos de rebelión y transgresión de la ley de Dios no son vistos por Él como delitos menores; más bien, son delitos graves, son criminales en su impacto. Si consideramos seriamente la realidad del pecado en nuestras vidas, nos daremos cuenta de que cometemos crímenes hacia un Dios sagrado y hacia Su reino. Nuestros crímenes no son virtudes, son vicios, y cualquier transgresión hacia un Dios santo es criminal por definición. Hasta que no entendamos quién es Dios, no llegaremos a comprender realmente la seriedad de nuestro pecado. La seriedad de nuestras transgresiones no nos conmueve porque vivimos en medio de gente pecadora, donde las normas del comportamiento humano están dictadas por la cultura que nos rodea.

Por supuesto que estamos a gusto en Sion, pero cuando el carácter de Dios se nos revela claramente y somos capaces de sopesar nuestras acciones, no en términos relativos con respecto de los demás humanos, sino en términos absolutos con respecto a Dios, Su carácter y Su ley, entonces empezamos a ser conscientes del carácter flagrante de nuestra rebelión.

Hasta que no consideremos a Dios seriamente, no podremos tomar en serio el pecado. Pero si reconocemos la justicia del carácter justo de Dios, entonces, como los antiguos santos, nos cubriremos la boca con las manos y nos arrepentiremos en polvo y cenizas ante Él.

Tres Escuelas

por R. C. Sproul

El filósofo francés Blaise Pascal describió al hombre como una criatura de profunda paradoja, puesto que los seres humanos son criaturas capaces de la más alta grandeza y la miseria más baja, a menudo simultáneamente pero no en la misma relación, por supuesto. Parte de nuestra grandeza reside en nuestra capacidad de contemplarnos a nosotros mismos. Si los animales son conscientes de sí mismos en el sentido de que pueden reflexionar sobre sus orígenes y destinos, o meditar sobre su lugar en el gran plan del universo, es un punto debatido. Sin embargo, lo que tiene poco espacio para el debate es que el hombre tiene una capacidad compleja y superior de hacer esto. Este don de la contemplación tiene un inconveniente: el dolor. Nuestra miseria se ve a menudo reforzada por nuestra capacidad para contemplar una vida mejor de la que actualmente disfrutamos. Frecuentemente esta miseria está acompañada por la conciencia de que somos incapaces de obtener o lograr la vida ideal. De este conocimiento es del que se nutren nuestros sueños y pesadillas.

Podemos gozar de buena salud, pero no de una salud perfecta. Podemos imaginar la vida sin dolores y molestias, caries dentales y enfermedades que nos incapacitan, pero nadie ha encontrado aún la manera de garantizar tal libertad física. Todos nos enfrentamos a la certeza de la agonía y la muerte.

El hombre pobre puede soñar con riquezas incalculables, pero se siente frustrado cuando la lotería le pasa de largo. Incluso el hombre rico puede contemplar una mayor abundancia de riquezas, pero mientras que la abundancia tiene un límite, nuestro anhelo es ilimitado.

Enfermos o sanos, pobres o ricos, con éxito o sin éxito, podemos sentirnos acosados por el problema desconcertante de que la vida nos podría proporcionar un estado mejor del que disfrutamos actualmente.

La vía de escape bíblica que nos libra de la frustración perpetua por el incumplimiento de tales sueños, de dichas aspiraciones no logradas, y de tales esperanzas hechas trizas, es la virtud espiritual de la satisfacción.

Encontramos un modelo de la virtud del contentamiento en la declaración del apóstol Pablo en Filipenses 4:11, "No lo digo porque sufra escasez, pues he aprendido a estar contento cualquiera que sea mi situación." Cuando Pablo utiliza la palabra "contento" usa la palabra griega autarkes, lo que significa "auto-suficiente," es decir, "co-independiente de las circunstancias," (véase también 2 Cor. 9:8). La palabra que utiliza Pablo tiene como origen la palabra griega ataraxia, que ha sido aplicada a la marca de un tranquilizante moderno. Sócrates habló del concepto cuando se le formuló la pregunta, "¿Quién es el más rico?" Y respondió: "El que se contenta con menos, puesto que la ataraxia es la riqueza de la naturaleza."

El Nuevo Testamento menciona dos escuelas de ideas filosóficas que estaban de moda durante los tiempos apostólicos. Estas fueron las escuelas del epicureísmo y el estoicismo, cuyos representantes se encontró Pablo en el Areópago de Atenas. A pesar de que estas escuelas diferían notablemente en relación a la cosmología y la metafísica, compartían un objetivo común práctico de la vida: la búsqueda de la

ataraxia. Los estoicos entendían esto en términos de lo que ellos llamaban "imperturbabilidad." Ellos construían un tipo de determinismo material por el cual el ser humano no tiene poder alguno sobre sus circunstancias. La vida simplemente "transcurre" a través de causas externas fijas. Nuestras circunstancias son el resultado de lo que nos sucede a nosotros. El único ámbito en el que uno tiene un control significativo es en el escenario interno de nuestra actitud personal. El estoicismo indica que lo que sí podemos controlar es cómo nos sentimos acerca de lo que nos sucede. El objetivo del estoicismo era intentar llegar a un estado de imperturbabilidad a fin de que, pasase lo que pasase externamente, la persona mantuviese una paz interna que lo dejase sin preocupaciones. Esta es la actitud de mantenerse impassible; actitud clásica del estoicismo.

Por otra parte, los epicúreos eran más proactivos en su búsqueda de la ataraxia, puesto que intentaban maximizar el placer y minimizar el dolor. Eran hedonistas refinados que buscaban un equilibrio adecuado entre el placer y el dolor. Sin embargo, nunca se solucionó la "paradoja hedonista," que decretó que uno fracasa si no llega a obtener el placer que busca pero, por el contrario, uno se aburre si llega a obtener el placer que busca. Así que, en términos que se anticipan a la paradoja de Pascal, uno se quedaba en un estado de frustración o de aburrimiento, ninguno de los cuales captura el concepto de satisfacción de la ataraxia.

El parecer de Pablo sobre el contentamiento difiere radicalmente del estoicismo o el epicureísmo. Pablo, en 1 Corintios 15, rehuye el credo que reza, "Comamos y bebamos, pues mañana moriremos." Este parecer hedonista que se trató en el libro de Eclesiastés es un parecer de pesimismo supremo que no tenía lugar en la teología de Pablo, sobre todo en lo que respecta a la resurrección.

De la misma manera, Pablo rechaza rotundamente la resignación pasiva de la postura del estoicismo. Pablo no cree que nuestras circunstancias estén determinadas por fuerzas ciegas e impersonales. Pablo no dio cuerda al fatalismo o a la determinación mecanicista. Fue un activista que persiguió sus metas y nos animó a trabajar en nuestra salvación con temor y reverencia. No abogó por un quietismo que declaraba: "Ponte en manos de Dios."

El contentamiento del que hablaba Pablo no es el de "quédate tranquilo en Zión", por el cual una complacencia irreligiosa deja al alma moribunda y al espíritu inerte. Pablo nunca se "contentó" con dormirse en los laureles o con relajar su entusiasmo por el ministerio.

En incontables ocasiones Pablo expresó su descontento y su insatisfacción tanto por los errores, vicios y defectos de la Iglesia como por sus propias deficiencias. Había muchas tareas por terminar y problemas que solucionar en su propia vida y en el ministerio que requerían un fervoroso esfuerzo de su parte.

Su contentamiento estaba dirigido hacia su situación personal o hacia el estado de su condición humana. Pablo amplió su definición del contentamiento al escribir, " Sé cómo vivir en la escasez, y sé cómo vivir en la abundancia. En todas partes y en todas

las cosas he aprendido tanto a estar lleno como a tener hambre, a vivir en la riqueza y a padecer necesidad" (Filipenses 4:12).

Aquí nos damos cuenta que Pablo habla de aprender y conocer. La satisfacción de la que Pablo gozaba era una condición aprendida. Él aprendió el secreto o el misterio del contentamiento. Este secreto se nos revela en parte en su siguiente declaración, "Todo lo puedo en Él que me fortalece."

El contentamiento de Pablo se basaba en su unión mística con Cristo y en su teología. Para el apóstol, la teología no era una disciplina abstracta al margen de las cuestiones urgentes de la vida cotidiana. En cierto sentido su teología era la vida misma, o la clave para entender la vida misma. El contentamiento o la satisfacción de Pablo con su estado o condición de vida descansaban sobre su conocimiento del carácter de Dios y su conocimiento de la manera en que obra Dios. La suya no era una ataraxia basada en la resignación pasiva a las fuerzas impersonales de la naturaleza. La suya era una alegría basada en el conocimiento de que sus pasos y su condición humana estaban determinados por el Señor. Quizás su descubrimiento del contentamiento bíblico fue, más que ninguna otra cosa, su comprensión de la providencia de Dios. Él comprendió que todo don bueno y perfecto viene de Dios, y que todas las cosas funcionan bien para los que aman a Dios y son llamados según Su voluntad. Pablo entendió que si sufría escasez estaba cumpliendo la voluntad de Dios, y si nadaba en la abundancia también estaba cumpliendo la voluntad de Dios. Para Pablo la clave de su alegría continua era una cuestión de sumisión a la voluntad divina.

En nuestras vidas parcialmente santificadas, se esconde la tentación irreligiosa de suponer que Dios nos debe una condición más favorable de la que actualmente disfrutamos. Tal es la miseria del pecado, cuya mezquindad es derrotada por el triunfo de la gracia salvadora y providencial de Dios. Es precisamente en esta gracia donde se haya la satisfacción cristiana.
